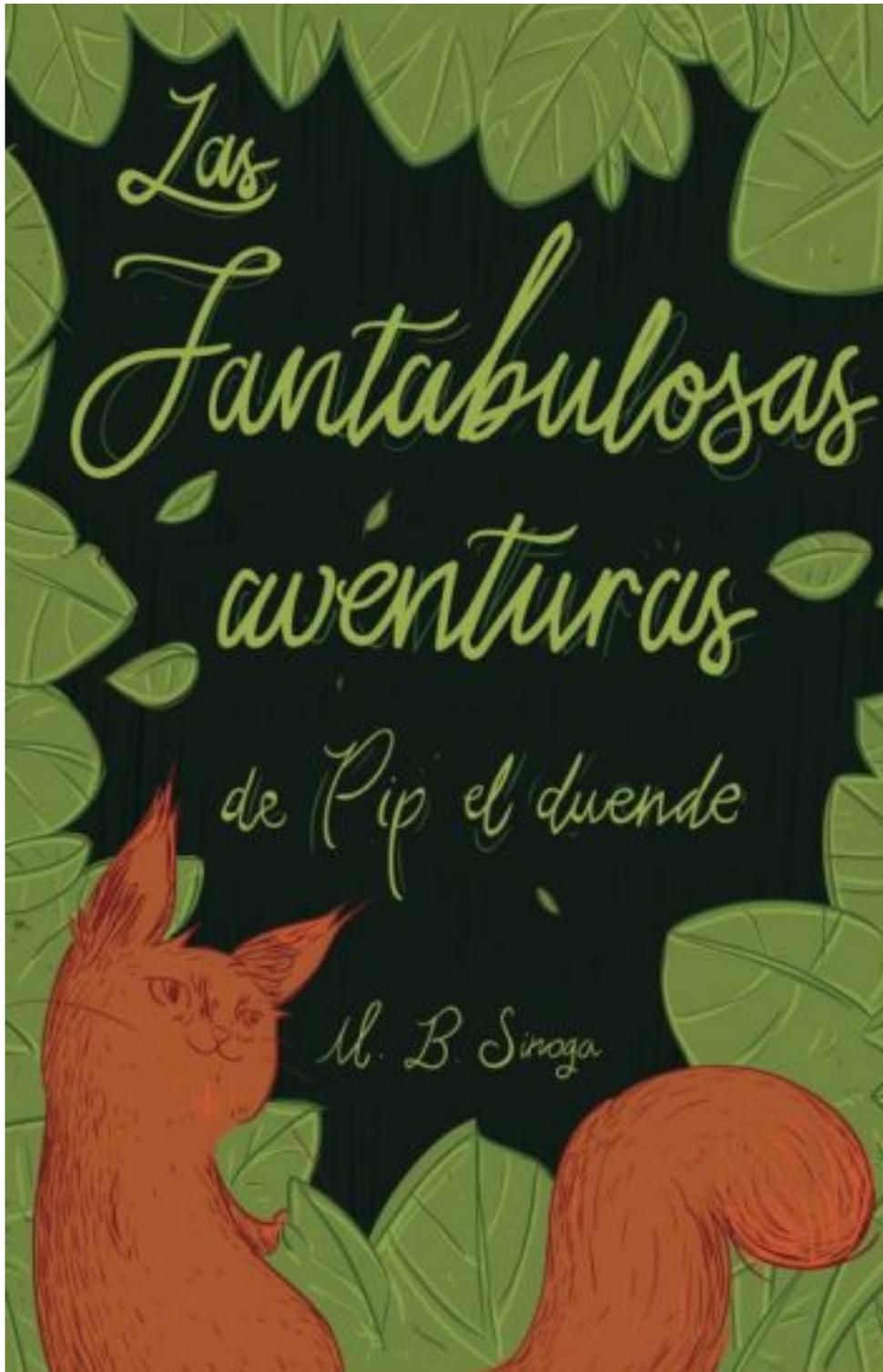


Las fantabulosas aventuras de Pip el duende

Mario B Sinoga



Capítulo 1

Pip es un duende fuera de lo común que es arrancado de su mundo y debe sobrevivir en el nuestro. Él y sus pintorescos amigos vivirán aventuras llenas de adrenalina y misterio: animales con secretos, enemigos con muy malas pulgas y con planes maléficosechizos improvisados, traiciones, secuestros... Una aventura que rompe los moldes de la imaginación y donde nada es lo que parece.

Este no es el típico cuento de hadas.

Las fantabulosas aventuras de Pip el duende M. B. Sinogate a mis padres, por ser los primeros y los últimos, al tío Vicente y a Víctor, por ser las dos caras de una moneda que siempre caerá por el lado bueno, y a mis abuelos, porque sin ellos nadie entendería la magia de lo pequeño.

A mis amigos , por ser la familia que he elegido , y el soporte de mis sueños .

Y a Cristina, por enseñarme que la magia siempre está ahí, aunque a veces no podamos verla.3I. Pip el duende“En un bosque lleno de luciérnagas vivía un duende. Sí, así de golpe. Esta historia tiene duendes, magia y todo tipo de aventuras de cuento que puedas imaginar. Asumo que no eres una persona cuerda y supongamos que crees en historias con las que, al final, espero que acabes soñando y contando a tus amigos.

Con el sol de la mañana, el duende Pip estaba cortando ramitas para construirse un nuevo hogar bajo una secuoya. El mayor miedo de Pip eran los humanos, esos seres gigantescos y peligrosos que vivían cruzando la carretera más allá del bosque, por eso necesitaba un nuevo hogar lejos de sus miradas. La cabaña estaba casi terminada, pero todavía era un pequeño montón de madera con unos pocos barriles y un diminuto escritorio. El duende se imaginaba a menudo su obra terminada, con una enredadera trepando por sus paredes y con un césped muy verde con sus duendes de jardín. Hagamos un alto: a los duendes les gusta tener duendes en sus jardines, ¿nunca lo habías pensado?Pip no tenía tiempo que perder. El invierno llegaría en unos meses y a nadie le gusta tener que bañarse en el agua congelada del río. Aunque era del tamaño de una pequeña zanahoria, eso no significaba que Pip fuera una criatura rechoncha y amigable que vivía de tocar el laúd. De hecho, era todo un aventurero y un experto cazador de ranas, incluso algunos decían que le habían visto atraparlas con sus propias manos.

El diminuto ser estaba amontonando las ramitas cuando escuchó un estridente sonido que atravesó el bosque como un te, alertado a todos sus

habitantes de que algo extraño ocurría.

Pip se refugió tan rápido como pudo en su caseta, cerrando portones y ventanas como alma que lleva el diablo. El estruendo resonó de nuevo en la distancia, levantando un alboroto de pájaros que volaron a un lugar más seguro.

“Esto no pinta bien”, pensó Pip, mientras guardaba un pequeño libro en su bolsillo, un pequeño diccionario «humano-duende» que siempre llevaba consigo.

Pip era periodista y, como requiere el oficio, estaba preparado para descubrir cualquier noticia en cualquier momento. Éste incluso era el lema de la academia de periodismo: “Preparados para cualquier noticia en cualquier momento”. El bosque era un lugar lleno de misterios, misterios que se perderían como la tiza de un dibujo bajo la lluvia si no eran descubiertos.

“¿Qué será aquél sonido?”, se preguntó mientras buscaba algo entre los árboles arrugando la mirada.

Nuestro amigo se apuntaló bajo la ventana listo para cualquier cosa. Los minutos pasaron y Pip comenzaba a desilusionarse cuando, de repente...«¡BRRRRMMMM - BRAMMMM - BRRRR!», el ruido retumbó tan fuerte que lo tiró al suelo por sorpresa.

Esta vez sonó tan cerca que juraría que aquello había entrado en su casa sin ser visto. Tendido en el suelo, el duende sacudió su cabeza buscando puertas o ventanas abiertas, pero la cabaña estaba cerrada a cal y canto.

Sin esperar un segundo aquello retumbó de nuevo, pero ahora la tierra empezó a agitarse en un terremoto. El temblor aumentó por momentos y la pequeña cabaña comenzó a agitarse sin control y a resquebrajarse como si se tratara de un polvorón. Las barriles giraron como peonzas y los tarros bailaron en el suelo.

La caseta de Pip sacudió todo lo que había en ella, dejando tras de sí un gran nube de polvo y, bajo una montaña de ramitas, enterrado por sorpresa en algún resquicio, había un pequeño duende. adoraPurpurina. Una enorme fábrica de purpurina rodeada de fotos de cantantes, peluches, maquillaje, pantalones rosa chicle, pintauñas fosforitos y un sinfín de cabellos rubios esparcidos como lombrices por todos lados, así era la habitación de Lizzy.

Pip despertó sobresaltado en el armario. La oscuridad le atrapaba en aquél lugar desconocido. Olía a ropa seca y a un perfume afrutado. Un pequeño agujero de cerradura brillaba frente a él. De repente, un sonido

horripilante tronó al otro lado.

—¡En un momento bajo! —sonó la voz—. ¿Dónde habré puesto mi móvil? Pip se asomó a la cerradura. Una peligrosa humana caminaba de un lado a otro buscando algo.

Es importante saber que el lenguaje de los duendes pertenece al mundo animal, por lo que las palabras de los humanos son incomprensibles para ellos. Algunos entienden bien el castoriano e incluso el perruno, pero ese sonido tan agudo que brotaba de la niña eran tan sólo chillidos para el duende.

La chica salió corriendo y sus pasos se perdieron. El corazón de Pip empezó a latir al galope, tenía que escapar de ese lugar, como fuera y cuanto antes.

En ese instante escuchó cómo algo se acercaba a su prisión de madera, algo que resoplaba como un vendaval y cuyas pisadas repiqueteaban en el suelo rápidas y con fuerza.

—Huele a seta mojada —murmuró una voz al otro lado—.

He debido dejarlo por aquí.

Esta vez había entendido las palabras. Pip se encogió como un muelle contra el fondo del armario. ¿Sería un animal acechándolo?

—Una vez abrí este trasto, tiene que haber alguna manera de... a ver... —unas zarpas empezaron a golpear frenéticamente la madera— ...creo que tenía que poner la pata aquí y...«RRRRIIIEEEEKKKK».

La puerta del armario se abrió de par en par y, junto a ella, un pequeño Fox Terrier de color blanco meneaba la cola con gracia.

«¡AAAAHHHH!», chilló Pip. El perrito respingó.

—¡Vaya susto me has pegado! —rió el animal—. No todos los juguetes gritan como tú.

—¡No soy un juguete! —protestó Pip—. Estoy vivo y coleando, ¿ves?

—Lo siento mucho, amigo, te encontré esta mañana en el bosque mientras paseaba y pensé que sólo eras un muñeco de madera.

—¡Soy un duende, Pip el duende! —dijo sonriendo de oreja a oreja—. Mi casa se derrumbó y me he despertado aquí. ¿Sabes dónde estamos?

—Esta es la habitación de Lizzy, y este armario es donde guardo mis juguetes, por eso te traje aquí.

—Necesito volver al bosque. Está allí, cruzando la carretera

—dijo Pip señalando la ventana—. El mundo de los humanos es peligroso para un duende.

—¡Claro! Súbete a mi lomo, te llevaré hasta el bosque. Por cierto, me llamo Flint. ¡Pip acababa de saltar sobre el lomo de Flint cuando una voz femenina les encontró desde del piso de abajo: “Fliiiiiint, bonito... ¿dónde estás, corazón?”, esta vez era alguien diferente.

—Gatos y ratones, ¡es la dueña! —exclamó Flint.

—¿Quién es la dueña? —preguntó Pip asustado—. ¿No es esa niña que chilla tanto?

—¡Rápido, escóndete en el zapato! Flint lanzó al duende hacia una pila de zapatos con una sacudida.

—¡Aquí estás! ¡Que cosita más mona, por favoooooor! Una humana de dimensiones colosales agarró al perrito por la cintura y lo levantó hasta su mirada.

—¿Quién te va a castrar a ti? —dijo endulzando la voz—.

¿Quién quiere ser un chico bueno y no ladrar a otros perros? Tú, bonito, tú.

La humana parecía confiable, ondeando su traje oscuro mientras se llevaba al perro de la habitación. Antes de salir, los ojos de Flint y Pip se encontraron en un gesto de complicidad.

Él volvería para devolverlo a su mundo. De repente una duda asaltó la mente de Pip. Sacó su diccionario y rebuscó algunas palabras de la humana, quería averiguar dónde se llevaba a Flint.

“Castrar (verbo transitivo): 1. Extirpar o inutilizar los testículos y el pene de un hombre o animal macho. Sinónimos: capar, emascular. “Pip levantó la vista aterrado, temblando como la gelatina recién hecha. Saltó del zapato que tenía por refugio y escapó de la habitación hasta toparse con unas escaleras gigantescas.

“¡Tengo que salvar a Flint!” , pensó. “Sólo él puede sacarme de aquí.

” El duende saltó precipitadamente cada uno de los escalones hasta llegar al vestíbulo, donde la puerta principal se cerraba en ese instante de un portazo. Pip se dejó caer exhausto frente a la puerta de entrada, recostado en el primer escalón. Flint se había marchado, y nunca volvería a ser el mismo. Volvería sin testículos, maltrecho y con la moral de un soldado torturado. Si Flint no podía ayudarle, tenía que pensar en un plan diferente.

Pip sacó un trocito de papel de su bolsillo y escribió un mensaje: “Queridos amigos de Leghtoriël, Ragnildur, y Salamanca.

Os escribe Pip, cazador de ranas de los altos ríos y periodista en apuros. Me dirijo a vosotros suplicando vuestra ayuda.

Me encuentro secuestrado en una fortaleza frente al bosque, custodiada por una horripilante humana de cabellos dorados y por una gigante a la que llaman La Castradora. Acaban de tomar al único amigo que encontré y lo han llevado a torturar, dejándome sin otra salida que vuestra ayuda. Os ruego que, si apreciáis mi vida, acudáis en mi rescate. Dejad al sur la colina con forma de arpa y caminad más allá de la secuoya. No os prometo la victoria, pero sí una batalla librada con honor. Atentamente, vuestro camarada. “Pip no quería recurrir a sus amigos, pero en estas circunstancias eran su última opción. “Los amigos son la familia que elegimos” , pensó Pip con esperanza. “En tan sólo unas horas el jardín estará repleto de valerosos guerreros, que forjarán una victoria librada entre dos mundos. Esta noche. Sin falta. “El duende dobló el papel y lo deslizó bajo la puerta. Sopló en un pequeño silbato que guardaba en un bolsillo y esperó.

Unos golpeteos ligeros se acercaron al otro lado de la puerta y recogieron el mensaje.

—¿A dónde? —dijo una voz extraña al otro lado.

—Bajo la secuoya, en el distrito del gran arpa —respondió Pip. Los golpeteos se alejaron y Pip suspiró aliviado. Su mensaje estaba a salvo, los saltamontes cartero podían recorrer el bosque en menos de un día, entregando mensajes de un rincón a otro con rapidez.

Pip esperó mientras caía el sol de la tarde, contando los minutos que pasaban, hasta que escuchó un ruido que venía de la puerta.

«Crieck, crieck».

El duende levantó la vista asustado, y buscó un rincón donde esconderse.

«Crieck, crieck».

Una pequeña tabla comenzó a moverse en la puerta, como si alguien intentase entrar por ella.

“¿Quién puede entrar por un hueco tan pequeño?” , pensó Pip escondiéndose. “¿Serán los duendes? ¿Será Flint?... ¡No tengo dónde esconderme!” .

Una pata blanca y negra, fina como un alfiler, apareció por la abertura y se posó en el suelo. Un animal horripilante tiritaba frente al duende. Era realmente pequeño, como una miniatura de perro. Apenas podía sostener su cabeza con sus patitas de alambre mientras olfateaba con su diminuta nariz.

—Flint, ¿eres tú? —le preguntó Pip—¿Qué te ha pasado? El animal, un chihuahua mexicano, miró al duende con sorpresa y empezó a gruñirle.

—Flint, me estás asustando.

El chihuahua caminó lentamente hacia Pip descubriendo sus dientes y babeando como una hiena.

—Escúchame, no sé... no sé qué te ha pasado, pero... soy yo, ¡tu amigo! El chihuahua rompió a ladrar y se abalanzó contra Pip, que se cubrió los ojos esperando lo peor. Unas manos grandes, con purpurina en las uñas, agarraron al pequeño monstruo del pescuezo y lo levantaron al vuelo.

—Siempre jugando, eh, ¿pequeñín? —Lizzy acercó el cachorro a su pecho y abrió la puerta.

—¿Cómo estás, rubita? —una humana pelirroja se acercó a la chica y le dio un beso en la mejilla—. El bus se ha retrasado, espero que no nos hayas tenido que esperar mucho.

—No te preocupes, boba, si estaba hablando con Alex.

—¡Aaaaaay! ¿Con Alex? ¡Tienes que contármelo todo! ¿Vamos a tu habitación? El duende nunca pensó que se alegraría tanto de ver a Lizzy.

—¿No está Flint por aquí? Pensaba que iba a jugar con Taco

—la chica pelirroja recuperó al chihuahua y lo acunó como si fuera un

bebé.

—Creo que mi madre se lo ha llevado al veterinario, llegarán para la cena.

La otra chica dejó al chihuahua en el suelo y subió riendo con Lizzy a la planta de arriba.

—Haz tenido mucha suerte, pinche canijo —dijo el chihuahua amenazante—. No sabes de lo que es capaz un chucho de Guadalajara.

El duende sintió cómo un escalofrío le clavaba en el suelo.

—Flint, siento que hayas perdido los testículos pero, por favor... deja de asustarme.

—No zé de qué me hablas, pulga pendeja.

Taco caminó hacia Pip decidido a triturarlo con sus fauces.

El duende, que no entendía cómo la castración había podido cambiar tanto a su amigo, empezó a temer por su vida.

Necesitaba escapar de ahí.

—¿Quierez jugar, pequeño? —dijo el chihuahua—.

Prepárate para conozer a Mictlantecuhtli, el zeñor de los muertos. Aún no zé zi dejarte para la zena o comerte de aperitivo.—¡Jamás! Pip dio un enorme salto por encima del chihuahua y corrió hacia la cocina. Taco le siguió pisándole los talones ladrando como una furia. El duende vio un delantal y empezó a trepar por él. «¡Guuuauuuu!... grrrrrñññññaaaaau... igua, gua, gua!».

—¡Atrápame si puedes, ojos de huevo! —le dijo Pip saltando hacia la mesa.

Taco empezó a dar vueltas sobre sí mismo y saltó sobre la silla, arañando el borde de la mesa con sus garras.

—¡Un poco más, cabeza con patas! El animal estalló en cólera y empezó a aullar al techo mientras Pip se burlaba de él.

—¡Vaz a zer mi zena! ¡Enano del carajo! Con un gesto sorprendentemente ágil, Taco brincó sobre la mesa y se precipitó sobre el duende.

—¡Por la ninfas! —chilló Pip, y saltó a la encimera de mármol.

—¡Me eztáz dezezperando! —farfulló Taco repitiendo torpemente el camino del duende.

La persecución rompió platos, tiró los trapos al suelo, desgarró una de las cortinas y formó un estruendo de cacerolas.

Entonces Pip se dio cuenta. Estaba acorralado. Había recorrido toda la encimera lleno de adrenalina y se había topado con un callejón sin salida. Un armario abierto junto a los fogones le cortaba el paso.

Taco caminaba sonriendo lentamente hacia su presa, disfrutando de cada instante de tensión. Pip miró dentro del armario. Con un orden caótico se amontonaban frascos de especias, sal, colorantes, y hierbas. En ese momento, una idea cruzó su cabecita como un rayo. La magia devolvería a Flint a su estado anterior. Sólo tenía que encontrar los polvos mágicos correctos, y arriesgar un segundo para salvar su vida y la de Flint.

El sótano Los pequeños dientes de Taco eran todo lo que Pip conseguía ver. La silueta del animal se dibujaba amenazante frente a él, rodeada por la fría luz de una luna que comenzaba a brotar.

«Sal, pimienta, cardamomo...», todas estas palabras en humano eran desconocidas para el duende, y pensó que nunca encontraría el hechizo. Entonces la vio entre los frascos, como un milagro. Una pequeña bolsa transparente con polvos azules.

Un hada, dibujada sonriente, esparcía sus polvos mágicos bajo las palabras «Super Power Detergent».

—¡Por el poder de Odín! —gritó Pip, y lanzaba la bolsita de polvos azules en la boca del chihuahua.

«¡PAAAAWWWW, AUUUU, AAAAUUUU!».

El perrito respingó como una chispa y una espuma azulada empezó a escapar de su boca, mientras se retorció intentando ladrar.

—¡Ha funcionado! —celebró Pip.

«Bluuuurrrrggg», un sonido burbujeante manaba del hocico de Taco, que empezó a saltar en el sitio y a lanzar ladridos desafinados como en una película de dibujos animados.

—Ahora a esperar —afirmó el duende, mientras se sentaba a observar

cómo el hechizo surtía su efecto.

Taco saltó al suelo y corrió en dirección a la puerta del vestíbulo como una bala.

—¡Espera... Flint! ¿A dónde vas? ¡Flint! Pip siguió el rastro de babas azules hasta la puerta. Se preguntó cómo saldría por la tabla de madera como acababa de hacer el chihuahua, pero sus dudas se disiparon al instante.

«¡GUAU, GUAU!», unos ladridos familiares se acercaron desde el exterior.

—Flint, ¿eres tú? —Pip se alejó unos pasos de la puerta.

—¡Aquí estás, amigo! —dijo Flint atravesando la portezuela—. Me siento lleno de energía.

El hechizo había funcionado. Pip corrió a abrazar a Flint o para ser más exactos, una de sus patas delanteras.

—La dueña viene conmigo —añadió Flint apurado—.

¡Rápido, escóndete en mi lomo! Pip trepó por Flint cuando la puerta se abrió. La Castradora tenía la misma expresión de asombro de haber visto un fantasma.

—¿Qué hacen todos esos duendes ahí? Mierda. Con mayúsculas, en un cartel de neón y con fuegos artificiales. Sus amigos habían llegado, pero en el momento equivocado. Cientos de duendes, de todos los tamaños, razas y culturas se alzarían petrificados en el jardín de los Smith.

Petrificados, porque nunca habían visto un humano, y él los había visto a ellos. En el jardín de los Smith, porque les unía una importante misión que debían librar entre dos mundos.

Pip se asomó con cuidado pero sólo acertó a ver a sus mejores amigos. Estaba Bob, ese duende regordete y amante de la botánica que sólo plantaba Sativa e Indica, unas plantas de curiosas hojas que Bob enrollaba en un ala de mariposa y fumaba mientras recitaba canciones improvisadas. También había venido Gagagabriel, el tartamudo. Descubrió a Charles montado en su camaleón Joseph, que se fundía con el verde del jardín como un verdadero maestro del disfraz. Incluso había venido Ernest, el becario de Pip, con su libreta lista para cubrir los eventos de la batalla. Algunos más se esparcían entre la hierba, tras las piedras o bajo las flores, intentando esconder lo mejor que podían sus diminutos cuerpos. Pero estaban quietos, muy quietos, con los ojos tan abiertos como un lemur. Un humano los había visto.

—¿Abuelo, has sido tú? —La Castradora dirigió su mirada hacia el salón y se acercó a un anciano sentado en un sillón.

—¿Flint, qué hace ese hombre ahí? —preguntó Pip aterrado.

—Es el abuelo, él siempre está en el salón —respondió Flint tranquilo—. Tranquilo, es mi mejor amigo.

—No puede ser... ha visto todo —la voz del duende empezó a temblar—. ¡Ha visto absolutamente todo! ¿Sabes que pasará si abre la boca? Pip estaba a punto de sufrir un ataque.

—No te preocupes, no puede —sonrió Flint.

—¿Cómo? Pip observó cómo La Castradora se acercaba riendo hacia el abuelo. Le acarició la cabeza y le dio un beso en la mejilla. El abuelo no dijo nada.

—Has adornado el jardín con tus juguetes... ¿eh, papá?

—la mujer se incorporó y miró un reloj de cuco colgado en la pared—. Son casi las nueve, no te olvides de tomarte la medicación, ¿vale? El abuelo asintió con una leve sonrisa.

—Cenaremos en un rato —dijo la mujer, y caminó a las escaleras con un aire ajetreado—. Por cierto —añadió antes de subir—, voy a tener que limpiar todos los duendecillos que has dejado en el jardín. ¿Quién sabe el tiempo que llevaban en el sótano? Y luego los volveré a poner en su sitio.

Pip no entendía nada. ¿Le habría dicho la humana que había visto una tropa de duendes en el jardín?

—Voy a presentarte al abuelo. Él puede entenderme, siempre lo ha hecho —Flint caminó hacia el abuelo con Pip en su pelaje y saltó a su regazo.

—¡Espera Flint! Este humano puede ser peligroso. Los humanos odian a los duendes.—Tranquilo, amigo. El abuelo tallaba figuritas como tú —el anciano acarició la cabeza de Flint entre las orejas, donde más le gustaba.

—No entiendo nada —dijo Pip—. ¿El abuelo es un hechicero o algo así?

—Construye figuritas en el sótano, pero son de madera, no están vivas como tú —Flint señaló una caja de pastillas que reposaba en la mesilla—.

Se pasaba el día tallando hasta que un día empezó a tomar esas golosinas blancas y decidió que no quería hablar más.

El abuelo empezó a hacer círculos con los dedos en el pelaje de Flint. Una idea sin acabar destelló en la cabeza de Pip.

—Si el abuelo puede oírte, a lo mejor puede entenderme a mí —el duende caminó sobre la espalda del animal y miró al abuelo—. Buenas noches, caballero, mi nombre es Pip, periodista profesional, amigo de confianza, y duende en apuros.

El abuelo dio un respingo y miró a Pip boquiabierto.

«Aaaaaah...du...aaaaahhhh...duende...», dijo sin parpadear.

—Mi amigo Flint, al que usted está acariciando, me ha dicho que podía entenderme —Pip hizo una pausa, esperando a que el abuelo le hiciera un gesto, pero el anciano seguía mirando al duende con un mensaje de incredulidad en sus pupilas—.

Quizá usted pueda ayudar a mis amigos y a mí a regresar a nuestro mundo.

El abuelo giró su cabeza hacia la mesilla buscando algo.

Tomó la caja de la mesilla y se metió una golosina en la boca. Su mano volvió al lomo de Flint como si ahora nada fuera extraño.

—Sé que las hadas del silencio le arrebataron el habla —dijo Pip—. Sólo necesito un gesto. Cuento con usted entonces, ¿moldeador de duendes?El abuelo sonrió y acarició la cabeza de Pip, como quien acaricia a un niño preguntón.—¡Que alegría, Flint! El abuelo nos ayudará.

Flint sonrió.

—Te echaré mucho de menos, amigo —suspiró Flint.

—Vendré a visitarte y te presentaré a todos mis amigos! —Pip abrazó como pudo el lomo de Flint—. Tienes que conocer a Bob y a Charles y a los demás, son tipos geniales.

«CLONK, CLONK, CLONK, CLONK, CLONK».

Como un tambor de guerra, los pasos de La Castradora desgarraron la despedida como se desgarran un jirón de niebla con el viento. La mujer bajaba las escaleras con un cubo rebosante de agua y jabón salpicando

pequeñas gotas.

—Vamos a limpiar todos esos duendecillos —sentenció la mujer mientras abría la puerta.

Pip se sobresaltó. Flint trotó hasta un sofá bajo la ventana del salón y se asomó con Pip entre sus orejas. Desde allí contemplaron aterrorizados cómo la mujer arrancaba de su escondite a cada uno de los duendes y, cantando despreocupada, los arrojaba al cubo.

«Estarán en remojo hasta mañana por la mañana», se decía.

«Parece que vengan de la guerra».

Oteó entre los arbustos del jardín y descubrió un duende rechoncho con largas rastas. Lo arrojó al cubo y siguió buscando.

El resto de los duendes cruzaban los dedos y aguantaban la respiración. El siguiente en ser descubierto fue Gagagabriel, que se culpó de ser encontrado por su respiración entrecortada.

Durante cinco interminables minutos la mujer atrapó media docena de duendes de los lugares más inesperados. A Marc, el forzudo, lo encontró bajo una tarrina de yogur de limón que había cogido de la basura como si de un búnker se tratara.

Pip observó la escena con terror y se imaginó el peor de los finales. Tras la gran caída de árboles del 42, que aparecía en os como la mayor tragedia del bosque, esto era crisis sin precedentes en la historia de los duendes.

—Flint, tenemos que hacer algo.

—Es horrible... ¡no podemos hacer nada! —dijo Flint en un gemido.

—Sólo tú puedes detener esto... haz... ¡haz cosas de perro!

—¿Qué se supone que tengo que hacer, Pip? —el pequeño Fox Terrier estaba paralizado—. ¡No se me ocurre nada! La Castradora no encontró más duendes en el jardín. Entró en la casa y caminó decidida el sótano, junto a las escaleras.

—¡Lo tengo! —dijo Flint.

El perrito cabalgó con Pip hacia su dueña y frotó su cuerpo contra ella.

—Ahora no, bobo, tengo mucho por hacer.

—Ahora, Pip... ¡salta! ¡Es ahora o nunca! La mujer acababa de abrir la puerta del sótano. Con esfuerzo heroico, Pip saltó con fuerza y se agarró al borde del cubo.

—¡Iré a buscar a tus amigos! —le susurró Flint mientras corría hacia la puerta.

Y después, oscuridad.. LlamasLa puerta se cerró contundente dejando tras de sí un silencio incómodo. Un penetrante olor a madera inundó la oscuridad.

«Cof, cof, cof», alguien tosía desde el borde del cubo, luchando por respirar.

—Bob, ¿eres tú? —Pip no podía ver nada.

—Tronco, ¿dónde estamos? —no había duda, era Bob.

—¿Cuántos hay en el cubo? —preguntó Pip trazando mil planes en su cabeza.

—No lo sé, tío, estamos medio Ragnildür aquí metidos. No se ha escapado ni uno —dijo Bob aturdido.

—¡Ninguno sabe nadar! Tenemos que sacarlos de aquí. ¿Se te ocurre algo?

—Hay una cosa... pero necesito luz. No veo nada, colega.

Dame un segundo.

La voz de Bob sonaba segura. ¿Sabría él cómo salvarlos? Pip no podía pensar en nada.

—Me quedan unas cerillas —Bob palpó en la oscuridad de sus bolsillos—. ¿Es suficiente con esto?«Rzis, rzis, rzis», una suave llama iluminó los temores de Pip. Bob se agarraba al borde del cubo mientras el resto de los duendes luchaban bajo el agua por salir a flote.

—¿Puedes agarrar una de mis rastas? —más que una pregunta, la voz de

Bob parecía una orden.

—La tengo, ¿y ahora qué?

—Átala en el asa del cubo —le indicó Bob.

—¿La rasta?

—¡Sí, Pip, la rasta! Pip no entendía el plan.—Lo tengo. ¿Y ahora qué?
—preguntó asustado.

Bob se levantó en equilibrio en el borde del cubo y tomó aire.

—¡Que sea lo que Odín quiera! —y saltó lo más lejos que pudo.

«FLUOOOOOSSSSHHHH» El plan había funcionado. El cubo se volcó vomitando litros de agua enjabonada y a media docena de duendes que se ahogaban en su interior.

«Cof, cof, cof». Bob encendió otra cerilla.

—¡Dios mío, he estado a punto de morir! —chilló una voz.

—¿Estoy ya en el cielo? —preguntó otra.

«Cof, cof, cof», fue todo lo que alcanzó a decir una tercera.

—¿Hay alguien herido? —preguntó Pip en alto, mientras corría entre charcos y duendes empapados.

—¡Aquél necesita ayuda! —gritó Bob señalando un bulto que no se movía.

Pip corrió hacia el bulto y le dio la vuelta. Era Rory, su pariente irlandés, con la cara hinchada y el ceño fruncido.

—¡No reacciona! —gimió Pip—. ¡No sé cómo se hace esto!

—¡Oprímele el pecho! —ordenó una voz en la distancia.

Pip colocó sus manos sobre el pecho del irlandés y presionó varias veces con todas sus fuerzas. El duendecillo empezó a toser y a escupir agua emjabonada como una fuente.

—¡Está funcionando! —exclamó Pip aliviado.

—Ogh, naigh, alar, asaca or aghor —el irlandés consiguió balbucear unas

palabras mientras expulsaba el agua.

—Casi te ahogas, amigo mío —le dijo Pip—. No hace falta que reces, ahora estás a salvo.

—Que no... Pip —contestó Rory volviendo en sí—. Que vaya resaca tengo, por Balar.—¿Cómo? —rompió Pip a reír—. ¡Has estado a punto de morir ahogado!

—¡Ahogado en whisky! —respondió Ror y incorporándose —.

Lo último que recuerdo es estar en la taberna y recibir un mensaje tuyo... —el duende se rascó la cabeza intentando recordar— ...¡secuestrado! Eso era, el mensaje decía que habías sido secuestrado.

—Aaaaaah, pequeño bribón —bramó una voz que se acercaba—. Te daba por pasto para ovejas, viejo amigo.

Era Marc, ese duende tosco pero bonachón que se había escondido bajo una tarrina. Su sentido del humor estaba intacto, iluminando aún más el sótano de los Smith.

—¿Estamos todos bien? —Pip giró sobre sí mismo lentamente.

—Creo que estamos todos —dijo Rory—. Al menos, todos los que he visto caer en este trasto.

—Veamos... —dijo Pip—. Está Bob, gracias a Odín. Tenemos a Rory, no sé muy bien si atiborrado de agua o de whisky...

Tenemos a Gagagabriel... —el tartamudo sonrió a Pip a lo lejos, aún estaba demasiado conmocionado para hablar—. Por suerte Marc está bien, y...

Pip había contado bien. No quedaba ningún duende por rescatar.

—Eso significa que algunos siguen escondidos —puntualizó Bob.

—Eso parece, y esperamos así sea por más tiempo —Pip esparció su mirada alrededor, buscando una salida—. Primero tenemos que salir de aquí.

—Có-có-cómo vamos a salir de aquí, ni si-si-siquiera sabemos dó-dó-dónde estamos —preguntó Gagagabriel, un experto miedoso.

—Tranquilos, sólo hay que encontrar la puerta —tranquilizó Pip. Los duendes recorrieron con su mirada la habitación. Todos observaron en silencio. A su alrededor se amontonaban columnas de cajas de cartón que

casi alcanzaban el techo, dos bicicletas colgaban deshinchadas de una de las paredes, había un cortacésped destripado junto a las escaleras y una mesita de trabajo se apoyaba en una pared llena de herramientas.

De repente, la esperanza de salir de allí se hundió tan hondo como las raíces de un árbol centenario. La cerilla se apagó, Bob aseguró que le quedaba una más, y la salida seguía sin aparecer.

Por desgracia, el caos siempre se presenta en momentos así, incluso se podría decir que es donde más le gusta aparecer.

—Maldición, ¿vamos a acabar aquí para siempre? —gruñó Marc en la oscuridad—. ¿Nadie va a hacer nada? Pues no pienso quedarme de brazos cruzados —de repente, todo tipo de crujidos, chasquidos y golpes sordos comenzaron a llenar el silencio—. Estoy en modo puñetazo, así que os recomiendo alejaros de mí, no quisiera confundiros con un trozo de madera.

—¡Que-que-que estrés! Yo-yo-yo así no puedo —se quejó Gagagabriel.

—Por favor, amigos, encontraremos una solución —dijo Pip en algún sitio.

—¡Yo no pienso morir sobrio! —afirmó Rory, y se escuchó cómo tragaba sin descanso.

—¡Y yo no pienso morir cuerdo! —añadió Bob, encendiendo uno de sus cigarrillos de sativa.

Una tenue luz de color naranja desveló su posición.

—¡Espera Bob, tengo una idea! —dijo Pip corriendo hacia él.

Pip pensó que los cigarros de Bob les darían más tiempo para encontrar la salida. Ya no quedaban más cerillas, pero podían usar el cigarrillo como una antorcha.

—¿Alguien ha pensado en...? «¡CUIDADOOOOO!», «¡BRAMMMM!».

Marc se cruzó en el camino de Pip haciéndolo tropezar y derribando a Bob y Rory. Los duendes rodaron como si fueran bolos, y la botella del irlandés se rompió contra el suelo liberando un río de combustible para el cigarrillo, que prendió el whisky tan rápido como una mecha.

—¡Fuego, fuego! —gritó Marc, retrocediendo a gatas mientras las llamas amenazaban sus zapatos.

—¡Vamos a morir todos! —Gagagabriel no tartamudeó esta vez.

El fuego comenzó a crecer salvaje y a extender sus brazos infinitos sobre la madera, iluminando la trampa que el caos había preparado. Los duendes corrían y gritaban en todas direcciones, sin saber qué hacer. El calor inundó el sótano, el tiempo empezó a correr más rápido que nunca y la salida... seguía sin aparecer. . AgujasFlint recorría el jardín olisqueando entre las plantas, caminando con cuidado para no pisar ningún duende entre la hierba. Por mucho que había tratado de llamar a los duendes, éstos no aparecían.

La noche se alzaba en silencio, alumbrando el jardín con su cúpula de estrellas brillantes y una luna redonda.

Después de buscar un rato, Flint se detuvo y cambió de estrategia.

—Mmmmmmm —gruñó en alto—. Ojalá encuentre algún otro duende para cenar, el otro ha sido tan sólo un aperitivo.

Un inquieto murmullo serpenteó entre la hierba.

—Es una pena que haya tenido que comérmelo, parecía tan gracioso. ¿Cómo se llamaba?... ¡Eso es, Pip! ¡Mi aperitivo se llamaba Pip!

—¡Eres un monstruo! —un duende brincó desde un matorral y aterrizó junto a Flint—. ¡Vas a pagar por comerte a mi amigo! Era Ernest, el becario de Pip, dispuesto a vengar a su compañero.

—Tranquilo, pequeño —sonrió Flint—. Pip es mi amigo. No me lo he comido.

—¡Pero tú has dicho que era tu aperitivo! —las lágrimas resbalaron por los mofletes de Ernest.

—Ninguno de vosotros se atrevía a presentarse, así que he tenido que inventarme esa historia.

—¡No te creemos! —gritó una voz apagada—. ¡Demuéstralo!

—Está bien... —Flint se sentó sobre sus patas traseras—.

Habéis venido a rescatar a Pip, vuestro amigo. Está atrapado en ado a varios de vosotros hace un momento, ¿me equivoco?

—Parece convincente —murmuró la voz de antes—. Está bien, nos presentamos.

Un animal empezó a dibujarse frente a Flint, donde antes sólo había hierba. Era Joseph, el camaleón de Charles, que había estado camuflado todo el tiempo. Un duende alargado, con una gran chepa, trepó al lomo del camaleón, mirando fijamente a Flint.

—Mi nombre es Charles, un amigo de Pip y viajero empedernido. —el duendecillo parecía algo tímido.

—Encantado, ¿dónde están los demás? —preguntó Flint.

—¡Adelante, camaradas! —ordenó Charles—. El animal parece de fiar.

Un puñado de duendes aparecieron entre la hierba y se acercaron con timidez. Habían escapado muy pocos.

Junto a Ernest, Charles y su camaleón, tan sólo aparecieron el pequeño Poudereux, pequeño incluso para el tamaño de un duende, y Paul el atrevido, apodado así por su imparable afición de conquistar a las hadas del bosque. Tras ellos, un espeso silencio les envolvió.

—¿Sólo quedáis vosotros? —Flint estaba asombrado, sólo habían escapado cuatro—. Pensaba que erais cientos.

—Obviamente, sólo hemos escapado los mejores —fanfarroneó Poudereux—. El resto de nosotros estará a estas alturas en la mesa de los humanos, listos para acompañar una ensalada.

—¿Los humanos comen duendes? —preguntó Charles incrédulo, también era la primera vez que había visto una persona.

—Tranquilo amigos, nadie come duendes —tranquilizó Flint—. Simplemente os confunden con juguetes.

—¿Nos confunden con juguetes? —interrumpió Poudereux—. Venir aquí ha sido una mala idea, tenemos que salir de este sitio ahora mismo.

El pequeño duende se enfundó una boina azul y empezó a atravesar el jardín en dirección a la carretera.

—Pero tenemos que salvar a los demás —apremió Flint—.

No podemos volver ahora.

—El perro tiene razón, Pou —dijo Ernest—. Dentro de esa casa están todos los demás, y sabe Odín qué les habrá podido pasar.

—Vosotros podéis quedaros ahí parados, pero yo vuelvo a mi casa —rió Pou—. Además, ese tal Pip nunca me pareció de buena tinta.

Poudereux se alejó de Flint y los demás ligero como el viento.

—¡Un feztín de duendezillos! —chirrió una voz entre las sombras—. ¡Hoy es mi día de suerte!

—¿Quién demonios te crees que eres? —Pou se detuvo en seco y observó cómo una sombra se erguía frente a él—. Me estás cortando el paso, sabandija.

El duende debería haber corrido, si hubiera sabido con quién se había topado. Debería haber volado, si los duendes fueran capaces de hacerlo. Entre las sombras Taco se alzaba letal como una serpiente, rabioso tras su lucha con el detergente y un solo pensamiento en la mente, devorar duendes.

—Taco, idéjalo en paz! —Flint se incorporó arqueando su espalda.

—Vaya zorpresa, compadre —Taco puso los ojos en blanco—. No será la primera vez que el pinche peluche viene a fastidiarme el feztín.

—Siempre estás metido en problemas, ¿nunca tienes suficiente? Sin pensarlo, Taco asestó un zarpazo a Pou tirándolo al césped.—¡No se te ocurra hacerle nada! —dijo Flint enseñando sus dientes—. ¿Me oyes? Ni un paso más.

—Te he ezcuchado la primera vez, compadre —Taco alzó una de sus patas delanteras y clavó sus garras contra Pou.

«¡Aaaaaaaaarrrrrghhhh!», el grito de Pou rasgó la noche. Los demás duendes dieron un paso atrás.

«¡¡¡BASTA!!!».

Flint corrió hacia Taco disparando potentes ladridos y se detuvo a unos centímetros de él, caminando en círculos. Taco empezó a girar sobre sí mismo aguantando la mirada de Flint.

Los dos giraban lentamente sobre la hierba, en un ritual que ninguno de los dos parecía querer romper. Las luces del porche de la casa se

encendieron.

ez una maldita pezadilla —murmuró Taco. Su aliento inundó la nariz de Flint—. Ez hora de acabar con ezto.

Flint no contestó. El gruñido que escapaba de su garganta era sobrecogedor, mientras seguía caminando alrededor de Taco sin quitarle la mirada de encima. El Fox Terrier parecía cada vez más grande, poderoso como un león, mientras que Taco se encogía más y más ante su enemigo.

Lo que pasaría después parecía extremadamente predecible, pero entonces el destino jugó sus cartas y, a veces, no están barajadas como nos gustaría.

—Te noto algo diferente, compadre —Taco señaló mirada la entrepierna de Flint, que lucía los puntos de sutura de la operación.

Flint miró fugazmente su herida. Taco era un ser traidor y sin escrúpulos. Aprovechando el instante lanzó un fatal mordisco a la garganta de Flint. Sus colmillos se clavaron en la piel del animal como dos agujas en un blando cojín. Flint se tensó como una flecha y cayó sobre la hierba como una roca. Un pequeño hilo de sangre manchó su blanco pelaje.

—iTaco! ¡Pero que travieso eres, pequeño! —dijo una voz a lo lejos.

Estela, la amiga de Lizzy, había encontrado por fin a su chihuahua. Había pasado la tarde tan entretenida con su amiga que había perdido la noción del tiempo. Entonces el caos, que había estado escondiéndose de los humanos, se presentó entre las sombras.

—iLizzy, Lizzy! ¡Es Flint, está sangrando!Lizzy se acercó corriendo hacia el animal.

—iMamá! —gritó Lizzy hacia la casa—. ¡Arranca el coche! ¡Mamá! ¡¿Me oyes?!Nadie contestó.

iiiMAMÁÁÁÁÁÁÁ!!!eatroEl fuego inundaba los tablones de madera en el sótano mientras los duendes corrían en todas direcciones.

Pip estaba petrificado, mirando la estancia con los ojos desorbitados. Las llamas les consumirían si antes el humo no les envolvía en un sueño eterno. La palabra «fuego» y los gritos de socorro cruzaban de un lado a otro rebotando en las paredes. El final estaba cerca cuando, de pronto...

«FUUUU, FUUUU, FUUUUU».

Un viento enfurecido estaba apagando las llamas, pero no sólo eso. Pip observó que sobre el suelo se empezaron a formar pequeños remolinos de agua que engullían las llamas rápidamente. Agua y viento estaban librando un pulso con las llamas. Los duendes fueron deteniéndose y contemplaron el fenómeno.

—¿Qué... qué está pasando? —un duende, casi sin aliento, desveló la pregunta que todos guardaban en sus mentes.

El viento y el agua cruzaron el sótano, apagando implacables cada llama. Cuando tan sólo quedaba encendida una llamita, tan pequeña que apenas arrojaba luz sobre lo que estaba pasando, algo comenzó a flotar.

Un sonido dulce, que brotaba de una flauta de pan, empezó a mezclarse con el humo.

Nadie se atrevió a abrir la boca. Los duendes comenzaron a buscar entre las sombras con la mirada. El fuego no se había apagado por sí solo, y quien fuera que lo había hecho estaba tocando un instrumento. De pronto, el sonido se perdió en un eco, y se escuchó una voz profunda.

—Ni siquiera un fuego en la pradera puede destruir la hierba, que crecerá de nuevo cuando sople la brisa de primavera.

En seguida Pip reconoció la voz y rompió a reír.

—¡No puede estar pasando! ¿Maestro Wang? Una solemne risa escapó de un rincón.

Una figura emergió de la oscuridad y comenzó a ser iluminada por la llama. Era un duende anciano, que lucía una extravagante barba gris y vestía como en las películas de Kung Fu, con un kimono negro y un sombrero en forma de cono.

Nadie había reparado antes en él.

—Tus pupilas no te engañan, joven duende —el Maestro Wang desprendía tranquilidad—. Guardo el deseo de presentarme a tus iguales, pero antes debemos controlar el caos que nos envuelve.

El Maestro siempre hablaba de una forma enigmática. Las leyendas contaban que había vivido en un templo budista durante cientos de años, y su larga barba escondía los secretos de generaciones enteras.

—Como usted diga, Maestro —Pip comenzó a caminar en alguna dirección, pero entonces se dio cuenta de que no había entendido una palabra del

Maestro—. Disculpe, pero...

—¿Tienes otra botella de aguardiente, joven irlandés? —preguntó el Maestro a Rory.

—Es whisky, señor. Creo que me queda otra.

—Me alegra escuchar eso. ¿Puedes colocarla en el suelo?

—Mu-mu-mucho cuidado —Gagagabriel dio un paso atrás.

El Maestro se acercó a Bob, que se miraba las manos embobado, intentando asimilar que no había sido devorado por las llamas.

—Escucha, joven amigo, ¿te importaría darme uno de tus cigarrillos? Bob asintió y rebuscó en los pequeños bolsillos de su chaleco.

—Aquí lo tiene, señor —dijo Bob.

El sabio tomó con cuidado el pitillo y sacó una caja de fósforos de su kimono. Con un gesto rápido, encendió una cerilla frotándola en su sombrero y prendió el cigarrillo. El Maestro lo introdujo con cuidado en la botella y se apartó unos pasos.

Una antorcha improvisada arrojó luz sobre la estancia.

—Ahora os mostraré cómo un elemento puede controlar a otro —el sabio levantó las manos sobre su cabeza y desplegó un enorme abanico que llevaba colgado a la espalda.

«Fuuuu», hizo el abanico, y apagó la última llama.

—¡Entonces es así como ha apagado el fuego! —afirmó Rory.

—Ahora podemos pensar con claridad cómo escapar de esta trampa de madera —dijo el sabio sentándose en cuclillas—.

Viene alguien, ¡ocultos! «Tap, tap, tap, tap», unos pasos resonaron al otro lado del sótano. Parecían nerviosos y corrían en todas direcciones.

«¡BLAM!» La puerta se abrió de golpe y una gran luz bañó la habitación. La Castradora gritó algo y bajó dos escalones. Los duendes temieron que les hubiera escuchado y volviese para acabar con ellos, pero ni siquiera reparó en el cubo volcado ni en el olor a humo que flotaba en aire. Rápidamente tomó una pequeña jaula que colgaba en la pared y volvió corriendo a la superficie dejando la puerta abierta. Se escuchó un portazo lejano, las voces de los humanos perdiéndose en el jardín y el sonido de

un motor desapareciendo en la distancia.

—¡Vamos! —apremió Bob. Los duendes fueron trepando los escalones hasta llegar al rellano. Todos miraron al Maestro Wang esperando una frase llena de significado.

—Ah, jóvenes... —el sabio se rascó la frente— ...no tengo ni la más remota idea de dónde nos encontramos.

Los demás comenzaron a reír y a imitar al Maestro, moviendo los brazos con pomposidad e imitando su voz grave.

«Du... duendeeeee».

Los duendes se detuvieron en seco y miraron hacia arriba.

El abuelo de Lizzy los miraba fijamente apoyado en un bastón. Ni el humano ni los pequeños seres se atrevieron a moverse, observándose con miedo, como si no fueran capaces de entender la existencia del otro.

Pip dio un paso al frente y saludó al abuelo.

—¿Cómo se encuentra, caballero? El abuelo sonrió y levantó las cejas intentando decir algo.

—Os presento al abuelo —dijo Pip—. No tengáis miedo, es un amigo.

Un cuchicheo revoloteó entre los duendes. El primero en dar un paso al frente fue Bob.

—Un placer, colega —Bob levantó las manos formando el símbolo de la paz.

«Vi...vivooooos».

—¡Voy a presentarle a mis amigos! —dijo Pip, e hizo un gesto a sus compañeros para que se acercaran al abuelo.

El anciano no daba crédito a lo que estaba ocurriendo. Un puñado de duendes pequeños y extravagantes se acercaron a él. Podría haberlos pisado sin esfuerzo. El abuelo sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó la frente, parecían demasiado reales.

—Sentimos molestarle de nuevo —dijo Pip—. Hemos estado en una situación peliaguda y necesitamos salir de aquí. —El humano no puede entenderte —interrumpió el Maestro—. Los lenguajes de la tierra son

muchos y complejos.

—¿Cómo podemos pedirle ayuda entonces?

—Buena pregunta —el Maestro se acarició la barba—.

Existe un lenguaje que va más allá de las palabras... ¿Alguien tiene una tela? Los duendes rebuscaron a conciencia en sus bolsillos.

—¿Valdrá con esto? —Rory le tendió una tela arrugada al Maestro—. Es la bandera de Irlanda, siempre la llevo conmigo.

El sabio tomó la tela y se alejó unos cuantos pasos.

—Necesito la antorcha del sótano, dos duendes sin miedo escénico, y otros dos que sujeten la tela —las órdenes del Maestro eran disparatadas, pero en seguida le obedecieron.

El abuelo observaba con atención, como un niño cuando ve dibujos animados. Pip bajó corriendo al sótano y volvió con la botella aún prendida mientras Gagagabriel y Marc sujetaban los extremos de la tela. Bob y Rory esperaron las órdenes del Maestro.

—¡Que comience el espectáculo! —dijo el Maestro, y todos lo entendieron al instante.

Las sombras chinescas iban a ser las encargadas de mandar al abuelo el mensaje de los duendes. Con la antorcha tras la tela, los duendes empezaron a hacer que se escondían. Representaron a la perfección a La Castradora, con Rory de puntillas, arrojando los duendes al sombrero del Maestro, que hacía las veces de cubo. Entonces comenzaron a andar en círculos con los brazos extendidos simulando la oscuridad del sótano. El Maestro encendió su pipa en el momento oportuno y lanzó anillos de humo por encima de la tela imitando la humareda del fuego. Un aplauso solitario marcó el final del número.

El abuelo pareció comprender y señaló la puerta de entrada en forma de pregunta. ¿os compañeros siguen ahí fuera —respondió Pip.

El abuelo giró el pomo sin esfuerzo y esperó a que los duendes salieran de la casa.

«La puerta está abierta», dijo alguien en el jardín.

«Míralos, ahí está Pip», dijo otra voz.

«Cuidado, hay un humano».

Una conversación estaba teniendo lugar entre la hierba. Pip se acercó a la entrada y un viento frío acarició su cara.

—¡Amigos, no tengáis miedo! —exclamó Pip.

«¿Podemos confiar? Parece que están a salvo».

En unos segundos, Paul el atrevido, Ernest el becario, Charles y su camaleón Joseph se encontraron con sus compañeros.

El diminuto Poudereux iba montado en el camaleón, con una mano apoyada en su pecho como un pequeño Napoleón. Pip se adelantó para celebrar su victoria con sus compañeros pero la noticia de Flint no se hizo esperar. Ernest relató cómo Taco había mordido a Flint y las humanas se lo habían llevado lejos de allí. Pip se derrumbó en el suelo como un castillo de naipes y su mirada se perdió.

Sin que nadie lo esperase el abuelo desapareció caminando hacia el salón. Como dijo el Maestro Wang, existe un lenguaje que va más allá de las palabras. Una graciosa moto eléctrica con una pequeña cesta irrumpió en el rellano, preparada para llevar un anciano a cualquier parte. El abuelo tomó una bolsa de deporte de las escaleras del sótano y les hizo un gesto a los duendes para que subieran. equoia PalaceLa doctora Uribe contemplaba las gotas de lluvia jugar en sus ventanas, estaba a punto de cerrar. Siempre salía de la clínica pasadas las diez, pero eso no tenía importancia para una joven que amaba los animales. En el pequeño pueblo donde se había criado aprendió a tratar a todos los seres vivos como iguales, pero en este nuevo lugar era diferente, donde incluso los animales más delicados eran arrancados de sus hogares para hacer compañía a los humanos.

“Al menos los traen aquí” , pensó la doctora. Ella cuidaba de ellos como nadie lo hacía.

Un frenazo en la calle la sobresaltó. Parpadeó para salir del trance y se acercó a la entrada.

—¡Rápido Lizzy, coge el transportín! —gritó una mujer bajando de un coche.

—¿Bajamos también a Taco? —una chica pelirroja salió del vehículo con algo temblando entre los brazos.

Al instante las reconoció.

—¿Cómo está Flint? —preguntó risueña la doctora—.

¿Todo bien con la esteri...?

—¡Rápido doctora! —La Castradora corrió hacia la joven con un transportín entre los brazos—. Le han mordido en el cuello. Está sangrando mucho.

La veterinaria tomó el transportín y examinó su interior.

Flint, el mismo perrito al que había operado esa tarde, yacía tras la rejilla intentando respirar.

—¡Oh, dios mío! —chilló la doctora—. Deberíais entrar, puede que me lleve un buen rato —anunció al aire antes de encerrarse tras una de las puertas de la clínica. La mujer y las dos chicas entraron y se sentaron en el sofá de recepción. La Castradora no dijo nada, y se limitó a acariciar suavemente el hombro de Lizzy, que comenzó a balancearse con la cabeza agachada. Estela sujetaba a Taco con fuerza entre sus brazos. Ni ella ni nadie comprendía cómo un animal tan inocente podía haber hecho algo tan terrible.

Durante unos largos minutos, la lluvia siguió jugando en la puerta de cristal y el miedo correteó por las espaldas de las humanas. La Castradora observaba la clínica nerviosa, esperando distraerse con cualquier cosa, pero no encontró nada.

Al fin la puerta se abrió. La doctora sostenía una venda con sangre en su mano.

Al otro lado de la calle, el señor Vitali esperaba impaciente bajo un paraguas. Su cuerpo parecía un junco desnutrido bajo una regadera.

—¡Perdone, señor! —un joven se acercó corriendo bajo la lluvia, escondiendo algo en su abrigo—. Aquí tiene los planos, no han podido terminarlos antes.

—¿Está todo? —preguntó con su ridícula voz nasal.

—Así es, señor. Los planos para la nivelación del terreno y las instrucciones para la extracción —el joven entregó un tubo largo de plástico al italiano—. Los arquitectos no están seguros de si el terreno será estable, nunca antes se ha trabajado en la zona.

—Al carajo los arquitectos —respondió Vitali, y miró nervioso al joven—. ¿Pueden empezar esta noche?

—Me han dado la orden, señor. Pueden empezar cuando pase la lluvia, porque el terreno será más fácil de excavar —el joven sacó un teléfono de bolsillo y observó la pantalla. Una luz azul le inundó las pupilas—. Precisamente, el jefe de obra le espera allí. Vitali sacó un mando de su bolsillo y apretó un botón. Un todoterreno negro guiñó los faros junto a ellos.

—Puedes irte, Mario —el italiano dio la espalda al joven y montó en el vehículo.

—Adiós, señor. Tenga cuidado.

Dentro del coche olía a pino. Vitali encendió una luz en el techo y observó el tubo de plástica: «Sequoia Palace», rezaban unas letras de rotulador. El italiano abrió la tapa y sacó con cuidado unos planos enrollados en su interior.

«No están seguros de que el terreno sea estable», repitió Vitali socarronamente. Se sonrió al encontrar un dibujo en la última hoja.

«Sequoia Palace», volvió a leer. Entre varios dibujos que no llegaba a entender, un edificio se levantaba bajo la falda de una montaña con forma de arpa. En una esquina había dibujado un cuadradrito con una leyenda: Recepción, Sala de Espectáculos, Club de Fumadores, Salas de Juego (16), Áreas de descanso (2), Restaurante (2), Área de Personal, Centro de Seguridad y Cámara Acorazada.

El italiano desvió su mirada a una luz que parpadeaba en la calle. «Royal Casino», brillaban unas letras de neón. Un pequeño local gritaba su nombre a esta hora de la noche. Siempre estaba abierto, esperando a que sus presas caminasen por delante y entonces... «¡Ding, Ding, Ding!»... los atrapaba con sus máquinas de sonidos estridentes.

“Este tugurio tiene los días contados” , pensó Vitali sonriendo con malicia. El Sequoia Palace se ganaría el aplauso de la gente.

Un monumento al juego construido con la madera de una secuoya milenaria. Ecológico para el mundo, barato para él.

La madera del enorme árbol era quebradiza y de mala calidad, y nunca antes se había utilizado para construir, pero eso no importaba a Vitali, aunque fuera a destruir el bosque entero para talar el árbol. Levantaría el mayor casino del condado tre campos de golf y hoteles, y alcanzaría la vida acomodada que siempre había envidiado. No podía esperar más. Arrancó el motor y aceleró impaciente, rompiendo la cortina de lluvia que le tapaba la vista.

«Pi, pi, pi, pi», «iSCHRIIIIEEEEECH!».

El todoterreno frenó en seco, patinando como un juguete.

—¡Capullo, mira por donde vas! ¡Viejo de mierda! —Vitali gritó al bulto que se movía a través del cristal de la ventanilla—.

Estarías espachurrado si este trasto no frenara solo.

El bulto no respondió, siguió deslizándose hacia la orilla de la carretera. El italiano farfulló algo más y continuó su camino.

—¿Habéis oído eso? —preguntó Pip. Se empezaba a encontrar incómodo en la oscuridad de la bolsa—. Parece que alguien nos gritaba algo.

—Yo creo que ha sido un animal —sonó la voz de Bob en la oscuridad.

—No-no-no estoy seguro de lo que-que-que ha sido, pe-pe-pero si no salimos de aquí pronto vo-vo-voy a empezar a hiperventilar —Gagagabriel se quejaba en alguna parte.

El Maestro Wang no había abierto la boca en todo el trayecto, parecía preocupado.

—Amigos, creo que hemos llegado —anunció Pip.

El abuelo aminó la marcha de su scooter. Escurrió su boina y se adentró con la scooter bajo unas letras luminosas que gritaban «Royal Casino».

—¿Qué es ese ruido? ¿Hemos llegado donde Flint? —preguntó Rory confuso, pero antes de que nadie respondiera, el abuelo abrió la bolsa—. ¡Oh, por Balar! De repente, mucha luz.

Una mezcla de sonidos estridentes se clavó en los oídos de los duendes. «¡Ding, ding, ding!», «Niiiiuuuuniiiinuuuu», «¡Kachin, Kachin, Kachin!».

—¿Dónde estamos?! —preguntó Bob a voces mientras se incorporaba.

Los duendes miraron a su alrededor arrugando la frente.

Cuando se recuperaron del fagonazo, empezaron a ver máquinas con luces de colores y pasillos enormes, televisiones colgadas de las paredes a todo volumen y una enorme alfombra roja que cubría todo el suelo. El abuelo se sentó en un taburete junto a ellos, mirando embobado la ruidosa máquina que tenía enfrente.

—Disculpe, caballero —Pip se dirigió al abuelo—. ¿Dónde están los animales? ¿Aquí encontraremos a Flint?El abuelo no se inmutó. Sacó una moneda dorada de su bolsillo y la introdujo en la máquina.

—Perdone anciano... —insistió Charles— ...mi amigo le está hablando para...«iiiiMUERTOOOOOOS!!!»Todos miraron a Ernest, que temblaba sin parar y señalaba sus pies. En el fondo de la bolsa se amontonaban los cadáveres de decenas de duendes. Unos mutilados, otros sin rostro, y de otros apenas quedaba un brazo.

El miedo les atrapó y empezaron a gritar presas del pánico.

Rory empezó a llorar y a caminar de puntillas sobre la pila de muertos que no podía dejar de mirar. Los demás intentaron trepar al lomo de Joseph con terror. En medio del caos, Pip y el Maestro Wang fueron los únicos que se quedaron inmóviles.

Pip no entendía nada. El abuelo había visto el espectáculo de sombras y comprendido la situación de los duendes. Los había guardado en una bolsa de deporte para llevarlos con Flint. Todo era tan sencillo... salvar la vida a Flint, despedirse en el camino y volver a casa.Entre los gritos de los demás, Pip empezó a preguntarse si el abuelo era en realidad quien todos habían creído. Se dejó caer de rodillas desesperado y cerró los ojos. Tan sólo volvió a abrirlos un segundo para mirar uno de los cadáveres sin rostro, y entonces lo entendió.teEl abuelo sacó una pata de conejo de la bolsa mientras Pip reía. El resto de los duendes seguían actuando como lunáticos.

Pip continuó riendo y esperó a que todos se dieran cuenta de lo que estaba ocurriendo.

El anciano rebuscó de nuevo en la bolsa y tomó un pequeño trébol de cuatro hojas que colocó sobre la máquina, junto a la pata de conejo. Rory, que parecía tener un radar para detectar cualquier cosa, olor o sonido de Irlanda, se detuvo en seco y miró al abuelo sorprendido.

—Eso es un trébol de cuatro hojas —balbuceó—. ¿Qué diablos hace el humano con el símbolo de mi tierra?Algunos duendes detuvieron su correteo por la bolsa y observaron al abuelo. En cambio otros seguían sumidos en el más profundo de los terrores, como Gagagabriel o Marc, que chillaban incoherencias hechos un ovillo.

Pip levantó la voz. Quería que todos le oyeran.

—¡Escuchadme amigos! Lo que pisamos, esto que nos rodea y nos aterra... —el diminuto hizo una pausa esperando las miradas de los demás— ...¡es tan solo madera!Aquí y allá los duendes se tensaron como

un palillo y, sin mover un dedo, desviaron la mirada hacia el suelo.

—Es verdad... —Bob se dejó caer de culo—... y pensar que he estado a punto de coger la mano de Ernest... ¡Casi le digo que le quiero! Unas risas débiles salpicaron el aire. Aún seguían conmocionados.

—¿Nadie más lo sabía? —Pip se giró hacia el Maestro—.

Flint me contó que el abuelo tallaba duendes de madera, y por eso lo que pisamos son sólo figuras sin vida. Tras unos segundos el color inundó los rostros de nuevo, desteñidos por el miedo. El Maestro sonrió y alzó la voz.

—Superstición, el punto débil de los humanos —dijo—.

Somos parte de ella.

Todos enturbiaron la mirada, no entendían a qué se refería.

El Maestro levantó su dedo índice y señaló al cielo.

—Desde tiempos inmemoriales, los antiguos duendes han relatado en canciones y leyendas cómo los humanos se aferran a la suerte. Junto a patas de conejo, herraduras de caballo y un sinfín de absurdos rituales, los duendes siempre hemos sido objeto de superstición. Este es su juego, y nosotros somos su amuleto.

—¡¿Creen que les damos suerte?! —interrumpió Bob ahogándose en su propia risa.

La respuesta llegó a través del abuelo, que envolvió a Pip con su mano nerviosa y lo elevó hacia la máquina de colores, posándolo en una repisa con el resto de amuletos.

—¡Pip, Pip! —Ernest volvió a entrar en pánico—. ¡Piiiiip!

—Sssshhhhh —el Maestro indicó con un gesto que mirasen al abuelo—. Observad muy atentos.

El anciano introdujo una moneda en la máquina y tiró de una palanca. De repente, un festival de colores y sonidos explotó en el aire y la cara del abuelo se arrugó en una sonrisa.

«Aaaah, jaaaa, jaaaa», dijo mientras le daba suaves toques con un dedo a Pip en la cabeza. Sin apartar la mirada de las luces, el anciano volvió a meter la mano en la bolsa dando suaves manotazos, buscando de nuevo algo. Levantó algo en el aire, y un silencio más pesado que el ruido se

desplegó como un paracaídas.

Esa fue la primera vez que vieron a Elisabeth.

—¿Eso es una duende? —nunca se supo quién lo preguntó, ya que todos miraban embobados a la extraña figura.

—No puede ser... —dijo alguien.—Tiene que ser un engaño, ya no quedan duendes de Venus —esta vez era la inconfundible voz del Maestro.

Una hermosa figura de madera, del tamaño de un duende, ondeó su melena mientras se elevaba sobre sus cabezas y se posaba en la repisa junto a Pip. El abuelo miró la figura extrañado; parecía que le faltaba algo. Sacó un rotulador de su chaqueta y tomando la pieza con un pulso imperfecto, dibujó algo en ella.

Sonrió y la dejó junto a Pip antes de volver su mirada hipnótica hacia las luces.

—H...h...h... —Pip intentó saludar a la duende, pero la sangre se le subió a la cabeza y sólo pudo abrir los labios—. ¡Hola! —gritó finalmente, mirándola con timidez.

Bajo los ojos verdes y los labios carnosos, una expresión sin vida recorría la madera. La duende olía a pino recién cortado y era casi de su altura. El duende nunca había visto una chica de su especie, ya no quedaban. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo absurdo que era saludar a una estatua de madera, y dirigió su mirada hacia la puerta del casino sumido en la vergüenza.

Entonces sus cejas se levantaron con curiosidad.

—Amigos, ¿alguien sabe leer en humano? —preguntó Pip de repente.—¿De qué demonios estás hablando? —se jocosó Marc.

—Ahí fuera hay un edificio con un animal dibujado sobre unas letras que brillan —dijo señalando la calle—. Podría ser donde está Flint.

Todos miraron al Maestro, que parecía sumido en un profundo pensamiento.

—Deberíamos ir —dijo el sabio—. No tenemos nada que perder.

Los duendes se miraron entre ellos. Había miradas de valor, pero también de miedo.

—Está bien, yo me apunto —Bob dio un paso al frente—.

Si el amigo de Pip está en ese lugar... ¡lo rescataremos nosotros mismos!

—¡Y lo salvaremos! —añadió Pip en la repisa.

—Pero antes tenemos que bajar al suelo —dijo Ernest.

—¡Y salir de esta condenada bolsa primero! —apuntó Rory.

¿Pero cómo...?

—¡Tengo una idea! —dijo Pip, caminando con cuidado hasta el borde de la repisa—. ¡Haced hueco, amigos! El diminuto saltó sin problema a la bolsa, aterrizando sobre los trozos de madera. El abuelo estaba demasiado distraído con las luces para notar la ausencia del duende.

Todos miraron atentos a Pip.

Unos minutos después, casi todos los duendes habían conseguido tocar tierra firme, deslizándose por una cinta de colores que caía desde la palanca de la scooter hasta casi rozar el suelo con una llave.

—¡Vamos Rory, no seas nenaza! —le gritaban al irlandés.

Rory se agarró a la cinta y saltó con los ojos cerrados.

«Zzzzzzzzzzzzz...tap», Rory se deslizó hasta el suelo con la expresión de un ninja. Tan sólo quedaba un Gagagabriel tembloroso en la bolsa.

—Chi-chi-chicos... ¡no sé si voy a p-p-poder saltar!—dijo sin moverse de la bolsa.—¡Pues yo no espero a nadie! —dijo Marc, y caminó a zancadas hacia la calle—. Sólo faltaba que por culpa de ...«¡BLAAAM!... ¡Aaarrggg!».

Marc se tapó la cara gritando de dolor. Los duendes no conocían las puertas automáticas de cristal y ésta, limpia como el aire, se había interpuesto en su camino como un muro invisible.

—¡Un hechizo! ¡Es un hechizo! —chilló Poudereux.

Todos dieron un paso atrás. La esperanza se elevó en el aire y se deshizo como una nube de vapor. ¿Estarían encerrados en ese lugar? Nadie supo qué decir, tan sólo escuchaban los gruñidos de Marc retorciéndose en el suelo.

—Chi-chi-chicos, no sé si podré ba-ba-bajar —repitió Gagagabriel.

En ese instante el suelo comenzó a temblar bajo el rítmico trueno de unos pasos de gigante. Una humana enorme se dirigía hacia la puerta haciendo bailar las sillas a su paso.

—¡Todos a la rueda! —gritó Bob, y corrieron a esconderse tras una rueda de la scooter, excepto Marc, que rodaba por el suelo en un extraño baile.

«Pam... pam... pam...», la humana se acercaba como un tanque hacia la puerta de cristal. Los seres miraron a la mujer esperando que se hiciera añicos contra el muro invisible, pero ocurrió lo impensable.

“¡Vaya mala suerte, qué horror!” , dijo la humana, y la puerta se abrió dócil a su paso cerrándose de nuevo tras ella.

Se quedaron boquiabiertos. Como en su mundo no existían los sensores, los duendes creyeron que era obra de la magia.

—¡El hechizo puede romperse!— celebró Pip mientras salían de su escondrijo—. Tan sólo hay que repetir las palabras mágicas y podremos salir.—¿Cómo eran las palabras? —Bob entornó los ojos—.

“ Aya” ... “alaj” ... “ erte” ... “bodor”...

—¡No, idiota! —dijo Rory—. Eran... “ya” “laca” “metre” “robrob” ...

Pero no pasó nada.

El Maestro levantó una ceja y se acercó a la puerta. Con los brazos en cruz pronunció las palabras con la voz más grave que un duende pueda imaginar: “Vaya mala suerte... qué... horror” .

Los seres clavaron su mirada en el gran cristal, esperando con el corazón a galope, excepto Gagagabriel, que en su lucha contra el miedo a las alturas seguía en la bolsa. “Es ahora o nunca” , pensó el tartamudo.

—¡Allá vooy! —gritó saltando al vacío agarrándose a la cinta.

Algunos se giraron para ver qué pasaba.

—¿Pero qué haces, idio...? —alcanzó Rory a decir.

Gagagabriel saltó tan fuerte que la cinta comenzó a balancearse como un péndulo en el aire.

—¡A-a-ayuuuda! —gritó.

La pequeña palanca de la scooter no pudo soportar el tirón y se tumbó de golpe, deslizándose la moto marcha atrás con un gracioso «Sziiiiiiii» y estrellándose en un «¡Broump!» contra una pila de cubetas junto a la entrada.

—¡¡¡Cuidado!!! —gritaron todos.

La torre de cubetas se desplomó con un estruendo y decenas de cuencos de plástico rodaron por el suelo.

«Shhhiiimp», La puerta se abrió de par en par y no volvió a cerrarse. Una brisa mojada se coló en la sala.

—¡Ha funcionado! —gritó Bob—. ¡Todos fuera! Un tropel de duendes estalló en risas y aplausos mientras serpenteaba hacia la calle.

—¡Chi-chi-chicos! ¡No me dejéis aquí! —chilló Gagagabriel enterrado bajo un cuenco. —¡Menudo desastre estás hecho! —le dijo Poudereux desde la calle—. Casi fastidias el hechizo con todo este escándalo.

Cuando Gagagabriel se reunió con los demás, la euforia se había convertido en hielo.

—Chicos, tenemos un problema —dijo Charles señalando la carretera—. No podemos cruzar ese río.

La lluvia arreciaba sin descanso y el asfalto se había convertido en un torrente de agua furiosa, separando a los duendes de la clínica. Tras unos segundos, Marc rompió el silencio.

—¡Idiotas! —dijo mientras se ponía en pie aún con la cara roja— ¿Es que no os dais cuenta? ¡Estamos rodeados de barcos, de una flota entera! El grupo observó entre el caos del casino y, al instante, un “Ooooooh” se esparció entre la lluvia al unísono.

—Los cuencos de plástico —dijo Pip—, podemos cruzar el río con ellos.

Unos minutos después, una fila de cubetas de casino se columpiaba sobre las olas y remolinos de agua navegando hacia la acera de enfrente.

—¡Son como bellotas de agua, una casi me abre la cabeza!

—Bob se cubría con las manos intentando esquivar las furiosas gotas.

Pip se giró un momento antes de bajar de una de las barcas.

En sus pupilas se reflejó la imagen de una pequeña figura de madera en la distancia, bañada por las luces del casino.

“Si fueras real, te llevaría conmigo a pintar insectos. Conozco un prado donde hay cientos de ellos, estoy seguro de que te encantaría”, pensó. “Si fueras real, claro”. El duende levantó su mano y la agitó despidiéndose de ella y, por un instante, le pareció ver una sonrisa bajo su melena roja.

—¡Vamos Pip! —bramó Bob junto a la clínica—. ¡Estamos esperando! El grupo se detuvo frente al edificio y durante unos minutos lo observaron en silencio. Buscaron una entrada pero sólo encontraron un muro infranqueable de ladrillo.

«Esto no está bien, tenéis que empezar de nuevo», dijo de pronto una voz.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Rory.

Una voz humana brotó de algún lugar junto a ellos. Todos apuntaron sus orejas hacia el muro y esperaron a que la voz hablara de nuevo.

«Necesito más hombres aquí», resonó de nuevo. Rory observó la pared de la clínica.

—Viene de ese hueco en la pared —el irlandés señaló una rejilla en la pared casi a la altura del suelo.

—Si hay humanos ahí, debemos tener cuidado —apuntó el Maestro—. No sabemos qué podemos encontrar dentro.

Pip se acercó a la rejilla y asomó la cabeza.

—Parece la entrada a un túnel —afirmó—, había una igual en la casa de Flint. Puede que nos lleve directos a él.

—¿Pero por qué un humano construiría una puerta tan pequeña?— preguntó Charles—. Podría ser una trampa.

—¿Tenemos otra opción? —dijo Pip—. Podría ser un túnel, una puerta secreta, una trampa o cualquier otra cosa. Pero si no entramos ahí, siempre será una oportunidad perdida, la de salvar la vida de Flint.

“Estamos contigo”, dijeron varias voces al mismo tiempo.

—Entraremos de uno en uno hasta que estemos todos —siguió Pip—.

Tendremos que avanzar juntos y en silencio.

—La rejilla es muy pequeña para el camaleón —intervino Charles—. Alguien debe quedarse con él.

—Mi espalda no está muy dispuesta a acompañaros —aclaró el Maestro—. Os esperaremos aquí, jóvenes.

—¿Pu-pu-puedo quedarme yo tambi-bi-bién? —preguntó Gagagabriel.

—Está bien —dijo Pip—. ¡Vamos allá, no hay tiempo que perder! Pip entró sin dificultad por la rejilla del respiradero. Bob no corrió la misma suerte y se atascó, teniendo que ser pateado en el trasero varias veces por Rory, el cual parecía estar disfrutando de ello.

Uno tras otro, los duendes fueron entrando en el conducto decididos a rescatar a Flint.

El grupo comenzó a caminar en la oscuridad, guiándose por la voz humana, que se escuchaba más y más alto según avanzaban en línea recta.

Tras unos minutos la voz volvió a tronar: «Necesito más hombres aquí». Esta vez la escucharon tan cerca que pareció que se acercaban al final del túnel.

Un ligero resplandor emergió en la distancia y comenzó a crecer lentamente a cada paso.

—No debemos estar muy lejos —susurró Ernest.

El grupo avanzó en cuclillas hasta que el resplandor inundó las paredes del túnel. De repente, una sombra comenzó a dibujarse perezosa frente a ellos. Con las pupilas doloridas por la luz, el grupo se detuvo y arrugó la vista.

La cabeza de una serpiente, grande como un puño humano, se alzaba desde el abismo. Sus ojos amarillos se clavaron en ellos y su lengua asomó un instante.

—Mier... —dijo Bob.

—Bienvenidossssss —dijo ella.

Los colmillos del reptil se separaron en una amenaza siseante, descubriendo un nuevo túnel, oscuro y profundo como el infierno.

Rígidos como el metal, los pequeños duendes esperaron el peor de los finales.

—¡Qué serpiente tan bonitaaaaa! —chilló alguien detrás de ellos.

Los duendes se giraron. Una duende de melena pelirroja sonreía bajo la traviesa voz. Esa fue la primera vez que escucharon a Elisabeth.
el mascotas
La serpiente bostezó y esbozó una sonrisa perezosa.

—¡Qué personas más pequeñas! —siseó—. Estaba a punto de enrollarme a dormir cuando escuché vuestros pasos. ¿Qué os trae al Hotel Mascotas a estas alturas de la noche?
El reptil serpenteó su cabeza entre los duendes y tocó a Elisabeth con su nariz.

—Sube a mi cabeza, estarás más cómoda. Entre damas debemos ser cordiales.

Elisabeth trepó por el hocico del animal y se sentó en su frente. Los duendes no daban crédito a la escena.

—Adelante, caballeros —dijo la serpiente mientras retrocedía hasta salir del túnel—. Os doy la bienvenida al Hotel Mascotas, donde descansar patas, plumas y branquias.

Bob se inclinó hacia Pip.

—¿Qué se supone que hacemos ahora? —le susurró—.

Estoy seguro de que nos va a engullir a todos.

—Lo más prudente será hacer caso—dijo Pip—. No se me ocurre nada mejor.

El reptil les miró y volvió a sonreír.

—Disculpen, caballeros. ¿Dónde están mis modales? —el animal se desvaneció con Elisabeth y les llamó desde algún lugar—. He colocado un cojín bajo el túnel. Tan sólo deben dejarse caer y aterrizarán en una nube.

Los duendes se asomaron al borde del respiradero y vieron a Elisabeth y la serpiente esperando junto al cojín.

—Allá vamos —dijo Bob tragando saliva—. Si salimos de esta no volveré a picar entre horas.

Uno a uno fueron saltando en silencio, obedeciendo a la serpiente como un grupo de reclutas que obedece a su sargento.—Es increíble —dijo Pip

asombrado—. Esto lo cambia todo.

Bajo el abrazo de la suave luz todo era diferente. Un mundo lleno de vida se desplegó hasta donde alcanzaba la vista. Olía a chuchería y animales de todo tipo descansaban entre juguetes, cajas de cartón y cojines de colores.

Los duendes miraron a su alrededor para descubrir un verdadero remanso de paz. Acurrucados entre serpentinas de papel, una camada de gatitos maullaba en sueños junto a su mamá. Más allá, unos pájaros de colores enterraban el pico en su plumaje mientras unos conejos dormían al cobijo de sus jaulas.

—Permitid que me presente —dijo la serpiente—. Soy Lulú, la delicia africana.

En ese momento nadie se atrevió a hablar. Lo único que se escuchaba era la respiración tranquila de decenas de animales.

—¡Cuánta expectación! Está bien, os contaré mi historia —Lulú se enroscó sobre un cojín y se mojó los labios. Un dulce color caramelo bañaba sus escamas—. Samantha y yo éramos unas estrellas del cabaret. Todas las noches bailábamos hasta el amanecer frente la sonrisa de cientos de hombres...

Pip intentaba prestar atención a la serpiente, pero sus ojos buscaban nerviosos el pelaje de Flint en algún lugar.

—...entonces aquél día Samantha apareció disfrazada como un conejo —Lulú continuaba su historia—. Cuando me posaron en su cuello, simplemente abrí la boca y empecé a tragarme su cabeza. ¡Cómo iba yo a saber que aquél conejo era mi amiga!

—¿Y así es como acabaste aquí? —preguntó Bob, que parecía estar absorto en la historia.

—Así es, caballero. Cuando quise darme cuenta, me desperté en una caja en el Hotel Mascotas. Nunca volví a ver a Samantha, supongo que ambas necesitábamos unas vacaciones.

Un leve murmullo se levantó en la sala. Los duendes animaron a Lulú y empezaron a contar sus historias. Todo ecía volver a la normalidad hasta que la voz humana tronó tras ellos.

«Necesito más hombres aquí».

Todos se giraron asustados. Bajo un torbellino de colores, un enorme loro

desplegaba sus alas.

—¡Marcelo! Tan nocturno como siempre —rió Lulú—. Te presento a mis amigos.

—Encantado, mis panas —dijo el Loro plegando sus alas—. Marselo para servirles a Dios y a ustedes. Disculpen mi interrupción, pero la curiosidad por conoserles no me dejaba tranquilo.

Ernest saltó en el sitio.

—Así que la voz eras tú, ¿verdad? —le preguntó el becario—.

Los loros habláis como los hombres.

«¡Cuidado con el hormigón, que no es plastilina!», bromeó Marcelo con un tono claramente humano.

—¡Baja la voz, tontorrón! Vas a despertar a todos —se quejó Lulú—. Tenemos nuevos invitados que necesitan descansar.

Una idea estalló entre las orejas de Pip. ¿Un invitado nuevo? ¿Podría tratarse de Flint?

—Aprendí a hablar así trabajando con Vitali, el hombre que me encontró —siguió Marcelo—. Yo vivía en Santo Domingo cuando...

—¡Un perro blanco! —estalló Pip—. Lulú, has dicho que hay un animal nuevo. ¿Era un perrito blanco con una herida en el cuello? Lulú le miró con los ojos brillantes.

—¿El perrito blanco es tu amigo? —respondió la serpiente—.

Estamos preocupados por él, lleva durmiendo desde que llegó.

Está en esa cuna junto a los cachorros.

Pip estalló en una carrera hacia el ovillo blanco que guardaba la cuna.

—¡FLINT! ¡FLINT! ¡Soy Pip, despierta, soy Pip! Flint abrió un ojo lentamente y torció su hocico en un intento de sonrisa.

El resto de los duendes le siguió hasta la cuna.

—¡Pero si está vivo y coleando! —celebró Bob—. Bueno, al menos lo

primero.

—Flint... —susurró Pip entre lágrimas—. Pensé en lo peor, amigo, pensé...

Pip se quedó sin palabras. Elisabeth se acercó a Flint y le acarició el lomo mientras los demás miraban la escena con una dulce sonrisa.

—Me temo que no ha venido sólo —susurró Lulú mientras se acercaba—. Una especie de animal lunático está encerrado en una de las jaulas. Cuando llegó levantó tal escándalo que la humana tuvo que dormirle.

Pip se giró con fuego en la mirada.

—¿Dónde está Taco? —preguntó.

El grupo se dividió y comenzó a buscar minuciosamente.

—¿Cómo era el animal? —preguntó Bob a lo lejos—. ¿Era un perro grande?

—Es como un perro pero parece una rata —contestó Ernest—. Lo vi con mis propios ojos, parece inofensivo pero es un demonio.

Marcelo y Lulú ayudaron en la búsqueda, observando con cuidado las jaulas más altas y los rincones más tenebrosos.

Tras unos minutos la voz de Elisabeth atravesó la sala desde un rincón apartado.

—¿Era un perrito negro? —preguntó la chica.

—Con las patas de alambre y una la cabeza gigante —dijo Pip desde una pila de juguetes.

Tras un segundo de silencio Elisabeth volvió a hablar, esta vez con nerviosismo.

—¿Tenía los ojos saltones?

—Como dos huevos cocidos —respondió Poudereux.—Creo que lo he encontrado.

Un temblor frío sacudió a Pip. Cuando llegaron allí, un chihuahua negro roncaba en una jaula con las orejas gachas y una pata estirada.

Poudereux se lanzó a los barrotes ajeno al miedo.

—¡Vas a pagar por todo, rata asquerosa!

—Espera, idiota —bramó Marc—. Esta vez jugamos con ventaja.

—Pou tiene razón —dijo Rory—. Tenemos que pensar en algo.

Lulú tomó la delantera y se enrolló frente a la jaula. Un pequeño candado colgaba de ella.

—He visto a la humana hacer esto mil veces —dijo Lulú, y clavó uno de sus colmillos en el orificio de la llave—. Estoy segura de que si hago así...

«Click». El candado liberó la prisión del chihuahua, que todavía dormía como un tronco. Con un suave movimiento de su pico, Marcelo abrió la portezuela. El animal sonreía en sueños como un niño travieso.

—Esperad a que lo enrolle... —siseó Lulú entrando en la jaula—. Si intenta escapar cerrad la puerta conmigo dentro, no puedo arriesgarme a que se escape.

La serpiente comenzó a enroscar al animal en una trampa mortal. El chihuahua comenzó a revolverse al sentir cómo un fuerte lazo lo atrapaba.

«Grrrr... ¡GUAU!» El animal se despertó con un ladrido tan fuerte que empujó a los duendes hacia atrás.

—¡Pagarás por esto, monstruo! —saltó Poudereux—.

¡Acabas de conocer a tu peor pesadilla! —y lanzó un puntapié contra su hocico. «Grrrauuu, grrrauuu», gimió el chihuahua.

—Apriétalo fuerte, Lulú —dijo Marc—. Esta sabandija no volverá a morder de nuevo cuando le saque los dientes.

—¡Pagdón, pagdón! ¿Qué he hecho yog? —respondió presa del pánico.

—¡Un momento! —gritó Pip—. Este no es Taco, él no hablaba así.

Los duendes observaron al animal con sorpresa, que temblaba como un flan bajo la llave de Lulú. Pip se acercó a él y le miró a los ojos, pupila con pupila. La serpiente aflojó su apretado abrazo.

—¿Cómo te llamas, amigo? —preguntó Pip.

—Pag... ¡pagdón, mon señor! Mi nombge es Philippe —dijo el perrito—. Acabo de llegag aquí paga recupegagme de un incidente con una lavadoga.

—¿Podemos confiar en él? —dijo Marc sin bajar los puños—.

Podría estar mintiendo.

Bob se acercó a Philippe y le tiró suavemente de un bigote.

«Miiiiii», se quejó el perrito.

—Este perro es más flojo que una seta —dijo Bob—. Estoy seguro de que hasta yo podría con él.

Lulú liberó al chihuahua y reptó con los demás.

—Lo siento muchísimo, señor —dijo la serpiente tragando saliva—. No pretendía hacerle daño, ha debido ser una confusión.

—No pasa nada, ya estoy acostumbgado —dijo Philipp—.

El niño también me tgataba como un juguete.

—¿Qué te pasó con el niño? —preguntó Elisabeth—. ¿Y qué es una lavadora? Philipp se incorporó y tomó aire.

—Cuando me sepagagon de mi madre me entregagon a una familia de humanos. El niño siempge me utilizaba en sus crueles expeguimientos.—¿Experimentos? —preguntó Rory—. ¿Qué clase de experimentos?

—Todo tipo de trastadas, todas hoguibles —prosiguió—.

A veces me colgaba de un montón de globos y me llevaba volando pog el cielo como una cometa. Otras me lanzaba como una pelota con sus amigos hasta que conseguía escapag. Y la última vez... la última vez me encegó en uno de esos apagatos que dan vueltas al que los humanos llaman lavadoga.

—¡Es horrible! —estalló Elisabeth—. Ese niño es un demonio.

—Pero si tú no eres Taco, entonces... —Pip si giró sobre si mismo— ...¿dónde está...? Pip se tensó como una roca. En una jaula cercana otro chihuahua dormía bajo un cartel que decía: «en cuarentena, posible rabia». El grupo se acercó hasta la jaula y escuchó un sobrecogedor

ronquido brotando de los barrotes.

«Pinches duendezilloz», murmuraba el perro en sueños.

—Sin duda este es Taco —sentenció Pip—. Tenemos que hacer algo.

—¡Rápido, reptil! —le gritó Poudereux a Lulú—. Atrapa a ese monstruo para que acabe con él.

Lulú miró al duende con indecisión, nunca se supo si por miedo a Taco o a cometer otro error.

—Chicos, tengo una idea mejor —dijo Pip—. No estoy dispuesto a hacer daño a nadie, ni siquiera al mismo Taco.

—¡Pero hay que acabar con él! —saltó Poudereux—.

Tenemos que vengar a tu amigo.

—No, tú no quieres vengar a Flint —le cortó Pip—. Flint es mi amigo y haría cualquier cosa por él, pero tú no quieres justicia, sino acabar con él como él quiso hacer contigo.

Los demás escucharon callados.

—Taco es un animal peligroso que no merece el amor de su dueña —continuó Pip—, y Philipp es un buen chico con la mala te de haber encontrado una familia tan horrible como Taco.

Creo que es hora de que hagamos justicia.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Bob—. ¿Quieres cambiar las jaulas de sitio o algo así? Nadie supo nunca lo que palabras «cuarentena» y «rabia» significaban, pero a veces la justicia favorece a quienes la imponen con el corazón.

Con un ritmo sigiloso, cambiaron la suerte de los perritos, colocando el cartel sobre la jaula de Philipp. La humana jamás se daría cuenta de la diferencia y mandarían a Taco con la horrible familia de Philipp y a Philipp con la maternal Estela.

—Merci, amigo —dijo Philipp—. Jamás olvidaré lo que habéis hecho por mi.

Taco seguía durmiendo como un dragón hechizado.

«Un bonito final para un cuento», pensó Pip. El monstruo estaba encerrado, su amigo estaba a salvo y tan sólo tenía que rescatar a la

princesa y volver a su hogar. Se perdió mirando la melena de fuego de la duende, y se preguntó cuándo se atrevería a preguntarla cómo era posible que fuera real.

—Marcelo aún no ha contado su historia —interrumpió Elisabeth.

—Oh, gracias por recordarlo, señorita —Marcelo carraspeó y se apoyó en la jaula de Philipp—. Como iba diciendo, trabajaba para un horrible humano llamado Vitali...

El loro contó la historia sobre cómo vivía al otro lado del planeta, en un bonito agujero de árbol, cuando un elefante de humo y metal arrasó su hogar. Había intentado escapar cada día pero su dueño lo tenía preso en una jaula como un trofeo.

Contó que un día Vitali estaba reunido con varios humanos discutiendo sobre algo y aquí, exactamente en este punto, es donde los duendes empezaron a ver cómo su mundo empezaba a desmoronarse, literalmente.—¿En los dibujos había un árbol muy alto con una gran copa? —preguntó alguien.

—Así es —dijo el loro—. Una carretera muy larga y, al otro lado, unas casas de colores con jardín.

—¿Viste una colina con forma de arpa? —dijo Pip—. Debajo de una colina así vivimos todos.

—Vi una colina de arpa, con el lago más bonito que he podido ver —respondió Marcelo—. Entonces me di cuenta que la jaula estaba abierta y escapé, pero si no recuerdo mal, pude ver un dibujo más.

Pip tragó el metal que nadaba en su boca y preguntó.

—¿Que había en el dibujo?

—Un edifisio gigante se levantaba contra el sielo —terminó Marcelo—. No había bosque, ni casas, ni un gran árbol, ni colina, ni lago. He visto cómo Vitali arrasa pueblos donde nadie manda ayuda, he visto cómo destruye selvas, cómo aplasta animales y captura otros. Él no entiende de reglas, trabaja por la noche cuando hay truenos para no ser visto ni oído, y cuando llega la mañana ya es demasiado tarde para volver atrás. Puede que esté equivocado, pero si esta noche hay tormenta irá con sus hombres y arrasará ese lugar. Y entonces no habrá bosque, ni casas, ni un gran árbol, ni colina, ni lago.te

—Tío, sigo alucinando con este trasto —dijo Bob agitando su melena contra el viento, como un calamar que sacude sus tentáculos—. Esto le da mil vueltas a cualquier cascarón de nuez.

Un tupper alargado surcaba la carretera en dirección al bosque, con los restos empapados de una tarta. Los duendes remaban como auténticos espartanos con las zanahorias que habían encontrado en las jaulas de los conejos. Lulú iba enroscada sobre la popa y agitaba su cola a un lado y a otro del agua como si fuera un motor.

—Encontré este artefacto navegando sin rumbo y pensé que juntos volveríamos a mayor velocidad —dijo el Maestro—.

La suerte nos ha traído esta embarcación ahora que tenemos que llegar raudos al bosque.

En el aire, Pip cabalgaba sobre Marcelo, que sobrevolaba el terreno como un verdadero avión de combate.

—¿Habías usado el pico antes de esa manera? —le preguntó Pip—. Fue increíble lo que hiciste.

—No, amigo mío —respondió el loro planeando—, pero en cuanto vi las rejas que tapaban el túnel supe que esos tornillos no podrían resistirse a mi habilidoso pico. Si no... ¡hubiéramos tenido que salir por el desagüe! Las nubes descargaban cascadas de intensa lluvia ocultando los colores violetas del primer amanecer. En el horizonte, Pip distinguió una gran sombra con forma de arpa bajo el destello de un rayo.

—¡Estamos llegando! —le indicó a la tripulación desde el aire.— ¡Todos a cubierto! —ordenó Bob desde la proa.

La embarcación traqueteó contra la orilla torpemente y corrieron a esconderse tras un gran tocón de árbol. Marcelo y Pip aterrizaron con elegancia y se agazaparon contra la madera, junto al resto.

—¿Qué estás haciendo, idiota? —empezó a reír Marc.

—No podemos ser vistos —dijo Charles, mientras se arrastraba por el barro como un veterano de guerra.

—Tío, si medimos poco más que una cebolla —bromeó Bob—, ¡no nos verían ni aunque estuviéramos sentados en sus narices! «¡BRRRRMMMM!», un estruendo metálico resonó en la distancia.

—Un momento... —dijo Pip— ¡Conozco ese sonido, es lo que escuché en el bosque cuando mi casa se derrumbó! El grupo se asomó desde el tocón y pudo distinguir la escena entre las sombras. Al pie del tronco de la secuoya se arremolinaba un equipo de hombres con picos y motosierras, mientras una máquina del tamaño de un camión hundía su pala en el suelo y arrastraba montones de tierra de un lugar a otro.

—¡La secuoya! ¡No pueden derribar la secuoya! —se alarmó Ernest.

—El gran árbol no debe caer —sentenció el Maestro—. Si lo derriban contra la colina hará que se desmorone y el lago se desbordará inundándolo todo.

—O aplastará las casas que bordean el bosque—añadió Pip—. ¡Destrozará el hogar de Flint y el de muchas más familias con ellas dentro! Una voz desagradable chilló como una trompeta desafinada.

Un humano esquelético ladraba una orden bajo el techo de la enorme excavadora, que en ese momento extendía su pala te como un elefante cuando estira la trompa.

—¡Ese huevón de Vitali siempre haciendo de diablo! —se quejó Marcelo—. Es hora de que lo mandemos de vuelta al infierno.

—¡Pe-pe-pero son mu-mu-muchos! —dijo Gagagabriel.

—¡Son demasiados humanos, y tienen máquinas y hachas!

—gimoteó Paul—. No tenemos ninguna oportunidad contra ellos.

—Es verdad — añadió Poudereux—, ¡tenemos que irnos de aquí!

—Divide et impera, amigos —pronunció el Maestro—.

Divide y vencerás. Escuchad muy atentos lo que vamos a hacer... Con Joseph camuflado a la cabeza y Lulú en la retaguardia fueron avanzando invisibles entre las ramas y los montones de arena. Marcelo observaba desde el aire y Elisabeth se quejaba al Maestro tras el tocón, porque «la misión es demasiado peligrosa para una dama y un anciano», según había dicho Marc.

—No olvidéis que luchamos en el bosque —dijo Pip en un susurro—, el único lugar donde un duende es más fuerte que cien hombres.

Lulú encontró su objetivo y reptó hasta la gran máquina, escalando sin dificultad hasta enroscarse sobre el techo. La serpiente les guiñó un ojo y

el grupo siguió avanzando.

—Ahí está lo que buscamos —Bob señaló una caja de madera que rebosaba con clavos afilados.

Cada duende tomó uno y lo envainó en su cinturón como un estoque de esgrima. Los humanos parecían más grandes según se iban acercando a ellos. A la señal de Pip, un silbido de gorrión, el grupo se dispersó ocultándose en las sombras. Pip se apostó tras una roca mientras el resto se escondía entre los conos naranjas, los barriles de escombros y las ramas cercanas. Marcelo silbó tres veces y los corazones latieron con fuerza, había llegado el momento. Lulú se descolgó sigilosa a la cabina de Vitali y se enrolló en su cuello, apretándolo tan rápido que cuando el italiano intentó gritar sólo pudo mover los labios, con la cara azul como un arándano.

—Sin aire no hay voz, amigo —siseó Lulú con veneno en la mirada—. No puedes mandar sin tu patético chillido.

Vitali se sacudió como una pulga pateando las palancas de la máquina. La enorme excavadora giró sobre sí misma y empezó a avanzar sin rumbo.

—¡Qué está haciendo, capataz! —gritó uno de los hombres—. ¡Nos va a aplastar a todos! Los hombres se esparcieron en todas direcciones como la metralla cuando explota una granada. Los duendes desenvainaron sus agujones y empezaron a trinchar sin descanso.

«¡Aaaaaay!», gritó un humano. «¡Qué dolooooor!», lloró otro.

—¡A uno le he dado en el culo! —rió Marc en algún sitio.

De pronto, la máquina se detuvo con un chirrido y Vitali bajó triunfante con Lulú entre sus manos.

—¡Panda de inútiles! —gritó con el rostro aún morado—.

¡Dejad de lloriquear y vuelta al trabajo! ¿Qué bicho os ha picado? El capataz caminó hasta un barril con cemento fresco y arrojó la serpiente en su interior.

—¡Este bosque va a acabar conmigo! —volvió a gritar, y agarró una pala de excavar con las dos manos—. ¡Terminemos con esto de una vez! Uno a uno, fue golpeando los traseros de sus hombres con la pala hasta que dejaron de chillar y correr en círculos. Los duendes escaparon donde podían, algunos con un chichón y otros rezando a sus dioses por haber

saltado a tiempo.

De repente Bob gritó algo muy grosero y se lanzó hacia Vitali corriendo espada en mano, pero el italiano fue más rápido y lo atrapó al vuelo.

—¿Qué demonios es esto? —dijo levantando a Bob de las rastas y elevándolo hacia el cielo.

—¡Mierda, le han pillado! —bramó Marc.

—¡Bob! ¡Escapa! —aulló Pip con terror.

Los duendes observaban cómo ese repelente diablo miraba a Bob con la frialdad asesina de un verdugo.

—¡Tenemos que hacer algo! —dijo Charles—. ¡Vamos todos a por él!«iiiGRRRRRAAAAAUUUUU!!!».

En ese instante una sombra se clavó en la cara de Vitali y lo tiró contra el suelo. Un mapache gruñía sobre el italiano sin dejar que se moviera. Desde las fauces del bosque emergieron cientos de aullidos, ladridos y graznidos, seguidos por un estruendo de pisadas. De repente, una manada de mapaches se abalanzó sobre los hombres, gruñendo como fieras y rasgando sus ropas.

Como un relámpago de mil brazos, cientos de pájaros de todos los colores y tamaños descargaron su vuelo en un chorro de picotazos contra los humanos, que corrían a trompicones entre los árboles. Los pequeños animales del bosque, como ranas, topos y ardillas llegaron después, con el himno de la victoria en sus miradas. Los últimos en llegar fueron los zorros, marchando con un paso elegante. La tormenta enmudeció hasta convertirse en fina lluvia y los primeros rayos de sol atravesaron el cielo todavía adormilados.

—¡Es un milagro! —lloró Bob desde algún sitio—. ¡Es un maldito milagro! Pip miró a su alrededor y contempló cómo el bosque se revelaba contra su enemigo. Alguien tenía que haber reunido a los animales y animales a luchar, nunca había visto nada igual.—¿Maestro Wang? ¿Ha sido usted? —Ernest afinó la mirada ante una sombra que empezaba a tomar forma en la distancia.

Un zorro de pelaje plateado se acercaba hacia los duendes, con Lulú colgando de su hocico en un suave mordisco. Sobre su cabeza cabalgaba Elisabeth con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Sabía que podía ayudar! —celebró la duende desde su montura—. Lulú,

ya estás a salvo con nosotros, puedes limpiarte si quieres.

El zorro bajó a la serpiente con cuidado y ésta comenzó a revolcarse entre la hierba para quitarse el cemento.

—¡Mira cómo tengo las escamas! —protestó indignada—.

¡Acabo de mudar de piel y ahora me tenía que pasar esto! Los duendes se acercaron boquiabiertos hasta Elisabeth y se quedaron mirándola como estatuas.—Estaba segura de que los animales nos ayudarían —dijo la chica saltando a la hierba—. Después de todo, el bosque es también su hogar, por eso los llamé a todos para que vinieran.

Los duendes seguían sin aliento, mientras el Maestro se mesaba la barba con la frustración de un jugador en el banquillo. Un espectáculo de lo más llamativo tenía lugar a su alrededor. Los obreros tiritaban de miedo en el suelo mientras los mapaches y los zorros los mantenían a raya. En el cielo, los pájaros se dispersaron en bandadas de vuelta a sus árboles y nidos mientras los pequeños animales volvían a sus madrigueras. La balanza de la victoria se había inclinado hacia el bosque, que bullía de risas y jolgorios de emoción.

Entre los ruidos de la victoria, un extraño sonido eclosionó más allá del lindero del bosque. Un cable eléctrico se había partido por la tormenta y chisporroteaba cabizbajo desde un poste de madera, armando un gran escándalo con sus «BZRZZZZRRZZ» y con sus «CLASH—CLASH—CLASH». Los vecinos de la calle no tardaron en salir a sus jardines todavía en pijama y con una taza de café entre las manos. Los ecos de la batalla y el chisporroteo del cable habían desvelado su descanso intermitente tras la tormenta, ahora convertida en un alba reluciente.

«¿Qué está pasando en el bosque?», preguntaron las voces sorprendidas. «Viene de la secuoya, ¿no es eso una excavadora?», dijo otro humano asomándose a una verja.

En unos segundos, una veintena de vecinos cruzaba la calle en dirección a la secuoya. Los animales se apresuraron a ocultarse y los duendes se escabulleron de puntillas hasta el escondite más cercano, dejando a los operarios y a su capataz tendidos en el suelo.

Pip descubrió al abuelo en su scooter entre los vecinos, acompañado de Lizzy y La Castradora, quienes se adentraban en el bosque con una expresión de intriga. Cuando alcanzaron el tronco de secuoya, los vecinos entendieron el escenario.—¡Qué locura es esta, por favor! —bramó un vecino enfadado, mientras apresaba por el brazo a un obrero que se levantaba—. En frente de nuestras narices, aprovechando la tormenta, ni

más ni menos, ni más ni menos —repetía sin parar.

—Nosotros cumplíamos órdenes —protestó un operario ante las riñas que les llovían—. Si no lo hacíamos el capataz amenazó con quitarnos el salario de un año y dejarnos en la calle.

—¡La policía es quien decidirá eso! —aulló una vecina con una maraña de rulos en la cabeza—. Estarán aquí de un momento a otro.

Los duendes rieron en sus escondites mientras veían a Vitali retorcerse como una lombriz ante el grupo de vecinos. De repente, sus ojos se inyectaron en sangre.

—¡Jamáaaaaas! —chilló con la cara hinchada—. ¡Traeré la gloria a este pueblo! ¡Lo dominaré todo!El italiano rompió a correr y se escabulló como una cucaracha entre los vecinos. La excavadora aún rugía con su fuerza de elefante cuando Vitali se subió a ella.

«¡CORRED TODOS!».

La máquina comenzó a avanzar derribándolo todo a su paso y se ensañó a golpes con el gran tronco. Los humanos, ya fueran vecinos u operarios, huyeron a galope hasta sus casas, pero la scooter del abuelo resbaló en el suelo mojado y él era demasiado frágil para correr.

—¡Vamos, abuelo! —le dijo Lizzy—. ¡Vamos a correr, mamá y yo te ayudaremos!El abuelo se bajó temblando de la scooter y se apoyó en su nieta. Las sirenas rompieron en la distancia y se fueron acercando. La policía se encontró un elefante de metal arremetiendo contra el gran árbol, que tras unos golpes más no dudaría en partirse.—¡Vamos papá, apóyate en nosotras! —desesperó La Castradora.

Los hombres uniformados salieron a la carrera de los coches con sirenas.

—¡Nadie puede impedir esto! —rió Vitali con la rabia de una hiena.

Un policía disparó al aire. Los animales se espantaron, los duendes se estremecieron y Vitali, siendo la sabandija que siempre había sido, decidió tomarse la justicia por su mano como el diablo que seguía siendo.

En los ojos de Marcelo se reflejó la escena desde el cielo.

Un gigante de metal avanzaba en línea recta hacia la fila de hombres que le apuntaban con sus armas de hierro, y en medio de todo esto dos chicas y un anciano luchaban por seguir huyendo.

Pip olvidó que era un duende, que era pequeño como un insecto, tan sólo silbó tan fuerte como pudo para llamar a Marcelo. En un segundo después

los dos surcaban el cielo. Pip señaló con su dedo, el loro dudó un momento, pero Pip no le dio tiempo, saltó a la cabina colándose dentro, desenvainó su clavo y se lo clavó bien hondo a ese italiano sin remordimientos.

—¡Alto o dispararemos! —sentenció la policía.

La excavadora hizo un giro, y apoyándose en su pala se precipitó en un vuelco. El italiano saltó, pero el duende quedó dentro. Los grilletes apresaron a Vitali, la familia de Flint abrió los ojos como ante un relato incierto, pero los duendes miraron con miedo al elefante de hierro, que se deshacía en llamas espanzurrado sobre alguien tan pequeño como un insecto pequeño.

El pequeño estaba muerto.ínculoLos bomberos estaban recogiendo la manguera. Acababan de rociar miles de litros de agua sobre aquél fuego que no dejaba de manar de la excavadora. La calle parecía el escenario de una película, con todos esos coches de policía y camiones de bomberos aparcados de forma desordenada. Los vecinos hablaban acaloradamente con la policía mientras Vitali se retorció esposado en uno de los coches.

Los duendes se acercaron a la máquina en cuanto se aseguraron de que no podían ser vistos. Aún resbalaban cientos de pequeñas gotas por el metal cuando Ernest escarbó con sus manos en un montoncito de arena y descubrió el cuerpo de Pip.

—¿Lo has encontrado, Ernest? —preguntó Bob caminando hacia él.

Ernest no dijo nada. Recostó a Pip contra su cuerpo y lo abrazó con fuerza. El pequeño periodista era tan sólo madera, una figura de madera con barro y hojas chamuscadas por todos lados.

—Supongo que fue él quien salvó el bosque —murmuró Marc.

—Al bosque y a los animales —corrigió Paul—. Y a los humanos.

Un círculo de duendes se amontonó en torno a Pip. Elisabeth no pudo contener las lágrimas y enterró el rostro en su bufanda.

—Pásame un trocito, ¿quieres? —Bob agarró un extremo de la bufanda y se sonó con ella—. Pip era un héroe, un auténtico héroe.

—¡Un momento! —irrumpió el Maestro—. Joven, ¿puedo saber desde cuándo tienes esa bufanda?—¿Qué importa eso ahora? —respondió Elisabeth sin desenterrar la cara.

—No sé... hay algo que no me encaja —respondió pensativo—. No recuerdo que tuvieras ninguna bufanda cuando el anciano te subió en

aquella máquina de luces. ¿Qué es lo primero que recuerdas? Elisabeth miró al Maestro y se rascó la cabeza confundida.

—Está todo muy borroso —dijo titubeando—. Recuerdo que os vi cruzando aquél río y entonces quise seguiros. Todavía no conocía a nadie y ese anciano no paraba de mirarme de forma muy extraña. Creo que... —achinó los ojos intentando hacer memoria—... lo primero que recuerdo es un olor muy fuerte parecido al aceite.

—¡Tinta! —aplaudió el maestro—. Si la profecía es cierta... ¡tenemos que llevárselo al anciano!

—¿Eso le devolverá la vida a Pip? —preguntó Ernest haciendo pucheros.

—Sólo hay una manera de averiguarlo. ¡Levantadlo! El abuelo estaba solo, contemplando el bosque desde su scooter mientras Lizzy y su madre describían lo sucedido a la policía. Los duendes cargaron a Pip con cuidado y lo posaron en el suelo, junto al abuelo. Ernest trepó por la scooter y saltó a su regazo.

—Señor, por favor, le rogamos que haga con mi amigo lo que hizo con Elisabeth.

El abuelo escuchó a Ernest y sin pensarlo dos veces rebuscó en sus bolsillos. Engulló una de sus pastillas y dijo algo.

«Duendeeeeeeee» murmuró, pero no pasó nada. Su mirada volvió a perderse en el bosque.

Unas voces cantarinas resonaron en la distancia. Lizzy y La Castradora se acercaban al abuelo.

—¡Vamos a escondernos! —avisó Paul—. ¡Rápido, tenemos que recoger a Pip!—¡No nos va a dar tiempo! —temió Bob—. ¡Nos va a descubrir, tenemos que dejarlo aquí! Cuando las humanas llegaron no había rastro de los duendes, que observaban con terror desde las rocas cómo el cuerpo de Pip descansaba expuesto sobre la hierba.

—Vámonos a casa, papá —dijo La Castradora—. Tenemos que descansar, las emociones fuertes no son buenas a ninguna edad. Un momento... ¿qué es esto? La mujer se agachó y levantó a Pip con cuidado.

—Mamá, ¿qué es eso? —preguntó Lizzy.

La Castradora arrugó la cara y dejó resbalar una lágrima.

—Casi no me acordaba de ellos —dijo con ternura—.

Cuando era pequeña el abuelo me talló una pandilla de duendes para que jugara con ellos.

—¿No tenías más juguetes? —preguntó Lizzy.

—El abuelo trabajaba mucho para darnos de comer a mí y a mis hermanos —continuó—. El dinero no nos sobraba y no podíamos jugar como los otros niños, así que un día me regaló estas figuritas de madera. Recuerdo que las pinté una a una y me imaginé una aventura para cada uno de ellos.

—¿Entonces había más duendes?

—¡Claro que sí! —dijo la mujer, y su mirada se volvió luminosa como la de un niño—. Estaba Bob, un duende al que le encantaba reír y hacer muchísimas bromas. Me acuerdo también de Rory, un gracioso marinero irlandés al que le encantaban las tabernas y las canciones irlandesas... ¡y que siempre estaba peleando con Bob!...Los duendes escuchaban la historia con el corazón paralizado. No entendían una palabra, pero sus nombres en la boca de la humana atraparón su atención como un imán.

—...luego estaba Marc, el forzudo —continuó—. Él era un duende que no se andaba con rodeos, allí donde iba resolvía todo como un bruto, pero tenía un gran corazón. Sus mejores amigos eran Charles, un duende muy pintoresco, Paul el apuesto, todo un roba-corazones, y Gagagabriel, un duende tan patoso que ¡siempre estaba temblando de miedo! También recuerdo al Maestro Wang, un sabio que tocaba una flauta y siempre tenía las respuestas para todo.

El abuelo miró a La Castradora y le hizo un gesto con las manos simulando algo pequeño.

—¡Claro, claro, Poudereux! —rió la mujer—. Casi se me había olvidado, ese duende era el más pequeño, porque el trozo de madera se partió y el abuelo tuvo que hacerlo tan sólo con la otra mitad. Él siempre estaba enfurruñado por todo.

Los duendes miraron a Poudereux sin entender y éste, obviamente, se enfurruñó.

Lizzy tomó a Pip y le quitó un trocito de barro de las botas.

—¿Y cómo se llama éste? —preguntó.

—Este era mi favorito —dijo con una sonrisa—. Su nombre era Pip, un periodista al que le encantaba vivir aventuras. Lo llevaba a todas partes.

Allá donde iba lo acompañaba Ernest, su aprendiz y su mejor amigo.

La Castradora levantó la vista con curiosidad.

—Anoche me sorprendió mucho encontrarlos en el jardín, creía que los había perdido porque un día desaparecieron de repente —dijo—. Creo que todo esto me ha recordado que hace mucho tiempo que no hacemos cosas los tres juntos. El fin de semana está muy cerca, Lizzy, ¿te gustaría que pintáramos algunos duendes con el abuelo?

—¿Entonces hicisteis más duendes?

—¡Claro, montones! Hicimos cajas y cajas, incluso empezamos a tallar un montón de chicas duende, con largas melenas y vestidos preciosos, pero nunca las terminamos, porque yo sólo quería jugar con mis duendes favoritos.

—Entonces supongo que tendremos que hacer un montón de amigas nuevas para ellos —bromeó Lizzy. La Castradora tomó a Pip y sacó un pintalabios de su bolso.

—De hecho Pip tenía un bonito sombrero rojo —dijo la mujer, y pintó un pequeño círculo de carmín en su pequeña cabeza—. Vámonos a casa, tenemos que descansar.

La mujer dejó al duende sobre el regazo del abuelo y los tres volvieron en dirección a la casa.

La pandilla salió de su escondite y se quedó contemplando a la familia marcharse, con el corazón encogido y la mente nadando en preguntas. Cuando la scooter del abuelo estaba a punto de perderse en la distancia, Pip asomó tras el abuelo y les guiñó un ojo. Un pequeño gorrito colgaba de su cabeza con gracia.

—No puede ser... —dijo Bob boquiabierto.

—Y yo que no creía en la magia... —susurró Rory.

—La leyenda es cierta entonces —explicó el Maestro—. Se dice que la vida de un duende brota de la ilusión de un humano, sellada con un gesto. Hay un vínculo mágico entre ellos y nosotros.

—Creo que me he perdido —interrumpió Paul—. ¿Qué quiere decir con eso de la ilusión y un gesto?

—Cuando vi la bufanda de Elisabeth vinieron a mi memoria las antiguas profecías. El abuelo creía que Elisabeth le daría suerte, por eso la colocó en aquella máquina junto a Pip y le coloreó una bufanda en el único hueco

que faltaba por pintar.

Para los humanos sólo somos una figura de madera, pero al creer en nuestra magia nos convierten en algo real.

—Entonces creer que Elisabeth era su un amuleto fue la ilusión del abuelo —dijo Ernest—, y pintarle la bufanda fue el gesto que selló el vínculo.

—¡Correcto! —sonrió el Maestro.

—¡Chicos, chicos! —interrumpió Bob—. ¡Vamos todos a por Pip, tenemos que celebrar esto! En la calle el último coche de policía arrancaba su motor o a marchar con Vitali dentro. El italiano asomó su calva por la ventanilla y dijo unas palabras con malicia.

—¡Maldigo este lugar y a todos sus habitantes! —chilló con rabia—. ¡Maldita sea la dichosa secuoya y el maldito...! «CHUOOOFFFF».

Un enorme chorro blanco le bañó la cabeza desde el aire.

Cuando levantó la vista, un bonito loro tropical batía sus alas en el aire.

—Ahí lo llevas todo, hermano mío —rió Marcelo con alivio—. ¡Llevaba aguantando un buen rato solamente para esto!... En un bosque lleno de luciérnagas vivía una familia de duendes. Un grupo de chicas duende reía en un corrillo escuchando las historias de un fornido ser que les contaba una historia.

—¡Entonces levaté al humano con mis propias manos y lo partí en dos! —relataba Marc sobre un tronco de madera.

—Amigo mío, creo que no fue exactamente así —le cortó Pip sonriendo—. Creo que fuiste tú el primero que se escondió... debajo de una flor, si mal no recuerdo.

Las duendes rieron sin descanso, sus nuevos amigos contaban historias disparatadas sobre viajes a otros mundos, batallas bajo tormentas, y un sinfín de aventuras que nunca creerían.

Pip se apoyó sobre la puerta de su casa de madera. Un ladrido anunció la llegada de un perrito que venía a la carrera.

—¡Flint, un día vas a aplastar a alguno de nosotros! —rió Pip.— ¡He visto más, Pip! ¡He visto a cientos! —Flint meneaba su cola con entusiasmo—. Todos los niños están pintando en sus jardines duendes vaqueros, astronautas y de mil tipos diferentes.

Pip sonrió con orgullo. En el jardín de los Smith, un anciano y dos mujeres tallaban duendes que los niños pintaban con los ojos llenos de emoción todas las tardes.

—Tengo que volver —dijo Flint con nerviosismo—. Acaba de llegar Philipp y los niños ya están jugando con él.

El perrito cruzó el bosque a la carrera para volver a su casa.

Pip notó una mano rodeando su cintura, una mano cálida, tierna y familiar. Al girarse, miró a Elisabeth a los ojos y, sin dudarlo, le regaló un bonito beso. "...Me llevó mucho tiempo aprender a hablar humano y muchas noches junto a la hoguera, escuchando los relatos de cada uno de los duendes que vivieron conmigo esta aventura.

Un día como hoy os traigo la historia de Pip. Asumo que no eres una persona cuerda y supongamos que crees en historias con la que, al final, espero que acabes soñando y contando a tus amigos.

Mi nombre es Ernest, aprendiz de periodista, mejor amigo de Pip, escritor, duende y aventurero.⁷⁷Pip es un duende fuera de lo común que es arrancado de su mundo y debe sobrevivir en el nuestro. Él y sus pintorescos amigos vivirán aventuras llenas de adrenalina y misterio: animales con secretos, enemigos con muy malas pulgas y con planes maléicos, coñechizos improvisados, traiciones, secuestros... Una aventura que rompe los moldes de la imaginación y donde nada es lo que parece.

Este no es el típico cuento de hadas.

Las fantabulosas aventuras de Pip el duende M. B. Sinoga